

EJERCICIO PARA DIEZ DEDOS

clark carrados



EJERCICIO PARA DIEZ DEDOS



CLARK CARRADOS

EJERCICIO PARA DIEZ DEDOS

Col. SERVICIO SECRETO n.º 721
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES



DEPOSITO LEGAL B 11.037 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: JUNIO 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 1162/64

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
856 — Pasado de fuego.

En Colección SERVICIO SECRETO:
717 — Una piedra al cuello.

En Colección BUFALO:
515 — Venganza fatal.

En Colección CALIFORNIA:
376 — Asesino y traidor.

En Colección COLORADO:
311 — Trampa sin salida.

En Colección KANSAS:
246 — La herradura mellada.

En Colección BRAVO OESTE:
155 — Valle feliz.

En Colección PUNTO ROJO:
108 — No me apuñales, preciosa.

En Colección SALVAJE TEXAS:
390 — De través sobre el caballo.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
77 — ¡Yo lucho hasta el fin!

En Colección ARCHIVO SECRETO:
6 — Los que van a morir.

En Colección ASES DEL OESTE:
256 — El hombre del dólar de plata.

CAPÍTULO PRIMERO

La niebla se enroscaba insidiosamente en torno a la ciudad, como un pulpo de mil tentáculos. Lentamente, ascendía del río no demasiado lejano, arrastrada por una débil brisa apenas perceptible y luego, poco a poco, acolchaba los edificios bajo su manto de impalpable opacidad, que incluso parecía amortiguar los sonidos.

Los objetos —viandantes, automóviles, árboles, casas— perdían sus contornos y se convertían en figuras de trazos fantasmagóricos. Los faroles quedaban rodeados de un halo amarillento y tristón, de depresivo cromatismo. El suelo, asfalto seco y crujiente, casi polvoriento, se tomaba en un mojado espejo que devolvía duplicadas aunque borrosas, las imágenes de las cosas.

De cuando en cuando, los puñales de luz de un auto rasgaban la zona de semipenumbra del barrio. El siseo de sus neumáticos sobre el pavimento mojado por la niebla parecía el nudo de una pieza de tela al rasgarse.

Un policía pasó, haciendo su ronda, balanceando negligentemente su porra de fresno, envuelto en su capote. Las noches, en aquella época del año en Davison County, empezaban a ser ya frescas, aparte de la incomodidad que suponía la niebla, cuya humedad acababa por calar hasta los huesos. El policía examinó los cierres de un par de comercios y luego continuó su camino, con paso de hastiada rutina.

La calle quedó desierta por unos momentos, silenciosa, callada, como una cosa muerta. Apenas si se veían una o dos ventanas encendidas; el resto estaban apagadas ya; los habitantes de Davison County tenían que madrugar al día siguiente para ir a su trabajo.

Los faros de un automóvil destellaron unos instantes en la niebla. El coche se acercó rápidamente a una casa, situada casi en el centro de la calle; luego frenó con gran chirrido de gomas y frenos, quebrantando de esta manera el silencio de la calle. Los faros se apagaron.

Se abrió la portezuela y una persona salió del interior del coche, tambaleándose levemente antes de volver a un precario equilibrio vertical. Era una mujer, joven y hermosa, ataviada con mí traje de fiesta largo.

Parecía bebida, a juzgar por la canción que brotaba de sus labios, a media voz. La estola de visón colgaba descuidadamente de

su hombro izquierdo, mientras cruzaban la acera con paso inseguro.

Marilyn Thaxter se dio cuenta de pronto de que había detenido el coche en un lugar que no era el correcto. Alzó una ceja y miró el número que había sobre la puerta. Rio un tanto estúpidamente, como si le hiciese gracia haberse equivocado de casa.

Giró un poco a la izquierda y empezó a caminar, haciendo grandes eses mientras seguía canturreando a media vez. Su casa estaba a pocos números de distancia. No se dio cuenta de que unos ojos humanos la acechaban en la oscuridad.

Recorrió quince o veinte metros de brillante acera. De pronto, al pasar por delante de un oscuro portal, una figura humana saltó sobre ella, atacándola por la espalda.

Un delgado pero fuerte cordón de seda se enroscó bruscamente en su cuello, sujeto en ambos extremos por unas manos enguantadas de negro. El grito de terror que Marilyn Thaxter se disponía a lanzar, quedó bruscamente cortado por el bestial estrechón del lazo. Las manos del asaltante aumentaron su presión.

Los ojos de Marilyn Thaxter se desorbitaron agónicamente. El asesino la arrastró hasta la protectora sombra del portal, en donde continuó manteniendo la tensión del lazo, mientras la joven se debatía estérilmente, luchando contra la creciente agonía que invadía letalmente su cuerpo. Sus uñas arañaren su propio cuello, en un fútil intento de cortar el cordón que le arrancaba la vida con su mortífera presión.

Poco a poco, los espasmos de Marilyn Thaxter fueron atenuándose, hasta cesar del todo. Entonces, sus músculos perdieron fuerza y sus rodillas se doblaron. La lengua, amoratada, asomaba un poco entre unos labios lívidos e hinchados, por una de cuyas comisuras brotaba un delgado hilillo de sangre. La tensión del lazo estrangulador había determinado la ruptura de alguna de las venillas de la garganta.

El asesino depositó suavemente a la muerta en el suelo, sin hacer el menor ruido. Se arrodilló a su lado y sacó del bolsillo de su gabán negro un pequeño cortaplumas y una diminuta linterna, apenas mayor que un lápiz.

Se alumbró con la linterna durante apenas dos segundos, enfocando el haz de rayos directamente sobre el rostro de la muerta, pero cubriéndolo con su propio cuerpo, a fin de que no se hiciera visible desde el exterior. Movió la mano derecha rápidamente, aquella con la que sostenía el cortaplumas.

Luego guardó ambos objetos, después de haber limpiado la punta de la navajita en las propias ropas de la muerta. A

continuación se puso en pie.

En el momento en que se disponía a salir a la calle, sonaron pasos que se acercaban a aquel lugar. El asesino cerró rápidamente la puerta y esperó, escuchando atentamente.

El policía pasó, sin sospechar que, a un metro de distancia de él, estaban el asesino y su víctima. El eco de sus tacones de metal repiqueteando lenta y rítmicamente contra el asfalto se apagó poco a poco, hasta desvanecerse en la niebla.

Entonces el asesino, cuyo rostro estaba oculto por el ala del sombrero y el cuello subido del gabán, abrió la puerta y miró cautelosamente a derecha e izquierda. Viendo la calle desierta, abandonó el portal y escapó con paso rápido, desapareciendo de allí a los pocos segundos.

Quince minutos más tarde, el silencio de la calle fue rasgado por el brutal alarido de una mujer que acababa de encontrar el cadáver.

CAPÍTULO II

¡SEGUNDA VICTIMA EN DOS SEMANAS!

¡OTRA MUJER, JOVEN Y HERMOSA, ESTRANGULADA CON UN CORDON DE SEDA!

¿SE TRATA DE UN INDIVIDUO SADICO?

Clapham J. Hill, jefe de policía de Davison County, arrojó disgustadamente los periódicos sobre la mesa. Encendió un puro y mordió la punta, furioso por los comentarios de la Prensa. Los periodistas habían establecido, con gran rapidez, la relación que había entre el crimen cometido la noche anterior y el que se había cometido dos semanas antes. Por otra parte, no era demasiado difícil establecer tal relación.

Los dos cadáveres habían sido de mujeres jóvenes, hermosas y adineradas. Ambas habían muerto estranguladas con un cordón de seda en torno a su garganta y, por si fuera poco, después de su muerte, el asesino había realizado en ellas la misma labor, aunque diferente en cierta forma. En la mejilla de Marilyn Thaxter había aparecida grabado a punta de navaja el número dos, mientras que en la de la muerta dos semanas antes, se había visto el número uno.

Sin embargo, ni el asesino de Rosemarie Van Kays ni el de Marilyn Thaxter habían podido ser hallados, a pesar de que se suponía eran la misma persona. Rosemarie Van Kays, nombre de la primera joven estrangulada, había aparecido muerta a milla y media del lugar donde fue encontrado el cadáver de la otra joven. De ello hacía ya dos semanas y por dicha razón, Clapham J. Hill se sentía tan terriblemente disgustado.

Además, preveía una larga serie de asesinatos, si los hombres a sus órdenes no encontraban pronto al criminal. Podía tratarse de un maníaco fetichista, un exaltado sexual, un misógino que llevaba sus sentimientos al última extremo, un resentido acomplejado… ¿quién diablos podía saber su identidad?

Pero lo que sí era seguro era una cosa: o se encontraba pronto al asesino, o la cadena de crímenes continuaría. Y no era eso lo peor, sino, que entonces, al socaire del asesino de los números, como ya empezaba a llamársele, surgirían otros tipos que aprovecharían la ocasión para ajustar las cuentas con algunos de sus enemigos y achacar el crimen al sádico individuo. En resumen, para Clapham J.

Hill, cuyo pesimismo era notorio, se avecinaba una oleada de crímenes que iban a conturbar a la ciudad y, a poco que se descuidase, hacerle saltar de su cómodo sillón de jefe de policía.

Después de unos momentos de meditación, alternados con la lectura del informe policial del crimen cometido la víspera, se inclinó hacia adelante y tocó una palanquita del interfono.

—¿Está el teniente Clemens? —preguntó.

—No, señor —contestó la voz que salía del interfono—. Le esperamos hoy, fecha del cumplimiento de sus vacaciones.

—Está bien —gruñó el jefe Hill, mordiendo, furiosamente su puro—. Tome nota de que venga a verme así que se persone en Jefatura.

—Sí, señor.

* * *

El teniente Rupert Clemens, Rup para los amigos, era un joven de planta atlética, cabellos negros y ojos extrañamente azules, de unos treinta y dos años de edad, cuyo rostro aparecía agradablemente tostado por los soles del Golfo de Méjico, en cuyas orillas había pasado cuatro semanas de vacaciones. Entró en el enorme edificio de la Jefatura de Policía de Davison County y se metió en el ascensor, después de firmar la hoja de incorporación en el libro del control de entrada.

Clemens abandonó el ascensor en la quinta planta y salió a un amplio corredor, flanqueado a derecha e izquierda por varias puertas. Caminó con paso largo y elástico en dirección a su oficina, situada en un altillo emplazado directamente al final del corredor, y a la cual se accedía por una escalera de medio caracol y peldaños metálicos. De repente, cuando estaba a mitad de camino, se detuvo ante una puerta con dos ojos de buey y dobles batientes.

La puerta estaba entreabierta y por ella salía la voz de una mujer, que llevaba el ritmo de lo que, al parecer, eran unos ejercicios gimnásticos.

—Uno, dos… uno, dos… uno, dos…

Clemens sonrió. Abrió un poco más la puerta y asomó la cabeza.

Había allí una docena de chicas haciendo ejercicio físico, vestidas con una simple camiseta blanca y unos pantaloncitos cortos del mismo color. Estaban dispuestas en tres filas de a cuatro cada una, y delante de ellas, la monitora les marcaba el ritmo al mismo, tiempo que realizaba idéntico ejercicio, a fin de adiestrarlas.

—Uno, dos… uno, dos… uno, dos…

Clemens plegó sus labios y emitió un suave silbido. La voz de la monitora de gimnasia se cortó en el acto. Trece pares de ojos se enfocaron hacia él en el acto.

Clemens guiñó un ojo. Inmediatamente, sonó un alegre grito. Procedía de los rojos labios de la profesora de gimnasia, una chica rubia y rotunda como una *walkyria*, de formas quizá algo ampulosas, pero, suavizadas por la gracia de sus movimientos. Su atavío, tan breve como el de sus discípulas, se amoldaba con prieta justeza al busto arrogante y a las redondas y firmes caderas, a partir de las cuales nacían dos largas y bien torneadas piernas, de un agradable tono blanco rosado.

La monitora de gimnasia corrió hacia el oficial y le puso ambas manos sobre los hombros, a la vez que le miraba con expresión sonriente. Sus ojos, de pupilas doradas, casi ambarinas, brillaban de alegría.

—¡Rup, querido! —exclamó, besándole cariñosamente en ambas mejillas—. ¿Cuándo has vuelto?

—Ahora mismo, preciosa —Clemens hizo ademán de devolver los besos, pero ella retiró la cabeza, a la vez que soltaba una suave carcajada—. Estás más hermosa que nunca, Dinorah Slavik.

—Te agradezco el cumplido, Rup, pero debieras haberme dicho algo parecido siquiera por medio de una simple postal. ¡Cuatro semanas fuera de Davison County y no te has acordado de mí para nada! —le reprochó ella.

—Verás, Dinorah, se estaba tan bien allí…

—En compañía de alguna sirena de pelo negro y ojos verdes, ¿no es cierto? Una flor roja sobre la oreja, tú con guitarra entre las manos, la luna en lo alto y… *¡Viva mi cielito lindo!* mientras Dinorah Slavik se pudría aquí, sin saber nada de ti en absoluto.

—No te enojes, Dinorah —se defendió él—. Harto sabes tú que me encontraba muy cansado y que necesitaba esa temporada de reposo más que el pan nuestro de cada día.

—Sí; pero por haberme puesto una simple postal a la semana, no se te habrían llenado de agujeros los pulmones, digo yo —se quejó la joven.

—Está bien —concedió el oficial de policía—. Voy a pedirte perdón y, en penitencia, me impongo el castigo de llevarte a cenar esta noche al "Gordon's". ¿Te parece bien?

—Encantada —dijo la joven, con el rostro resplandeciente de alegría—. Ya sabes dónde vivo. Ven a buscarme a las siete y media en punto.

—De acuerdo —Clemens arrojó una mirada por encima de los

hombros de la monitora de gimnasia—. Oye, ¿sabes que tienes unas alumnas muy bonitas?

—¡Sultán! Olvídalas, no las mires. Son mis alumnas; sencillamente, las que van a componer la primera promoción del Cuerpo Femenino de la Policía de Davison County. A mí me corresponde la enseñanza de la parte física: gimnasia, defensa sin armas contra asaltantes… bueno, todo eso.

Clemens emitió un ligero silbido de asombro.

—Vaya, sí que se han producido novedades en mi ausencia. Cuando yo me marché, solo estabais tú y la señora Garris, y aun para cosas meramente rutinarias, que solo pueden realizar las mujeres —comentó él.

—El proyecto existía, tú lo sabes. Lo que pasa, es que se ha llevado a la práctica y como, yo, en mis horas libres, tenía una clase de gimnasia en el "Woman Athletic Club", me ofrecieron este puesto para entrenar a las aspirantes. No me cuesta gran cosa, me gusta y me pagan un sobresueldo, así que miel sobre hojuelas.

Clemens la miró, sonriendo.

—Dejando aparte tu belleza, eso del sobresueldo me atrae muchísimo, Dinorah. Así podré dimitir el día en que nos casemos y entregarme por completo al *dolce farmente,* que es una cosa que me va muy bien, querida.

—Ah, no, no —objetó ella—. En primer lugar, yo no te querría para marido ni envuelto en celofán de oro y adornado con una cinta de diamantes azules. Y, en segundo, el día en que me case, dejaré todo para ser de mi marido y de mis hijos.

—¿Cuántos de estos últimos? —preguntó él, maliciosamente.

—¡Tonto! —Un delicioso rubor invadió las mejillas de Dinorah —. Eso no se le pregunta a una chica joven, ingenua y decente.

—Admito el tercer calificativo solamente —dijo Clemens—. En cuanto a los otros…

—¡Te estás ganando un bofetón, Rupert Clemens! —exclamó ella, enojándose.

Clemens tomó su muñeca y se llevó la mano de la joven a los labios.

—Voy a besar la mano, que me va a herir de muerte —dijo en broma. Ella la retiró con rapidez.

—Rup, nos están mirando veinticuatro ojos.

—No, veintitrés; una es tuerta.

—Oh —rio ella—, eres incorregible. Anda, vete ya; he de continuar la clase y…

En aquel momento, sonó un bramido. Procedía del sistema

interno de megáfonos.

—El jefe Hill llama al teniente Clemens. El jefe Hill llama al teniente Clemens a su oficina —dijo la voz impersonal que brotaba por las bocinas de los altoparlantes—. Es urgente. Repito, es urgente.

Clemens frunció el ceño, a la vez que miraba a la joven.

—Vaya, ni siquiera me han dejado calentar mi propio sillón —dijo.

—El jefe está que brama, Rup —comentó Dinorah.

—¿Por qué?

Los labios de la joven monitora de gimnasia habían perdido su sonrisa.

—Se han cometido dos asesinatos en quince días y ambos parecen ser obra de la misma persona —contestó—. Esto tiene todas las trazas de convertirse en una cadena de estrangulamientos debidos a un maníaco.

Clemens soltó un tercer silbido.

—¡Lo que me faltaba, Dinorah! —comentó amargamente—. Ahora qué vengo dispuesto a apoltronarme… ¿Sabes algo de las víctimas? ¿Hay algún indicio?

—No. Es decir, se trata de dos mujeres, jóvenes y bonitas, de mi edad más o menos. Han muerto estranguladas con un cordón de seda, pero lo raro del caso es que el asesino les graba en la mejilla una cifra con un instrumento cortante. A la primera le marcó el número uno y el dos a la segunda.

—¡Hum! Esto da la sensación de que el tipo numera a sus víctimas.

—Eso creemos todos, Rup.

—¿Y dices que son jóvenes y bonitas?

—Sí, aunque no han sido ultrajadas; ni siquiera han sufrido el menor rasgón en la ropa.

—Lo cual descarta, por el momento, la teoría de un asesino sexual —alegó Clemens.

—Pero también puede ser un maníaco que odia a las mujeres —expuso, Dinorah. Y, muy pensativa, añadió—: Por cierto, yo conocía a la víctima número uno, Rosemarie Van Kays.

CAPÍTULO III

Clapham J. Hill permaneció en silencio, mordiendo el tercer puro de la mañana, mientras el teniente Rupert Clemens leía los informes policiales y médico-forenses acerca del crimen cometido la noche anterior. Al cabo de un buen rato, Clemens, que estaba sentado en un ángulo de la mesa, levantó la vista y miró a su jefe.

—No hay duda —expresó—; esto es obra de una misma persona.

—La autopsia demostró que el asesino no tocó a sus víctimas para nada, excepto para estrangularlas, claro está, y grabar en su mejilla izquierda sendos números. La hipótesis de un sexómano debe quedar descartada por tanto —manifestó el jefe Hill.

—Desde luego. No obstante, hemos de tener en cuenta que no todos los hombres que asesinan a las mujeres en cadena lo hacen movidos por dicho impulso. También los hay que actúan simplemente por odio hacia el sexo opuesto, cualquiera que sea su edad, condición y profesión. Basta, simplemente, que sean mujeres.

—Es posible —convino el jefe, sin dejar de tirar feroces bocados a su habano—. Pero, ¿no se tratará también de un chantajista que, al ver que sus peticiones no han sido atendidas, lleva a cabo, sus amenazas?

—¿Y cortar de este modo una eventual fuente de ingresos? —Clemens movió la cabeza—. Por regla general, el chantajista no asesina; es asesinado, lo cual es muy diferente. De todas formas, convendría tener en cuenta esta posibilidad. Quizá hizo, un chantaje a las dos mujeres y, al no acceder estas a sus pretensiones, las asesinó… para indicar a una tercera que correrá la misma suerte si no paga. Los números marcados en la carne a punta de navaja indican que el asesinó acaba de empezar la serie apenas.

—¡Dios de Abraham! —El jefe Hill se llevó las manos a la cabeza—. Si la serie no hace más que empezar, como dice usted, ¿hasta dónde diablos piensa llegar el estrangulador? En Davison County hay doscientos cincuenta mil habitantes, lo que significa la mitad de mujeres, por lo menos.

Clemens sonrió al observar las aprensiones de su jefe.

—No hay sitio bastante en una mejilla para grabar, por ejemplo, la cifra ciento doce mil cuatrocientos veintisiete, señor Hill —dijo.

—Pero sí la hay para un número tres. Y un cuatro, y hasta un doce, Clemens—. Un puño se abatió sobre la mesa con terrible

estrepito—. ¡Hemos de encontrar a ese condenado asesino por encima de todo, o ya podemos buscarnos un sombrero viejo y una esquina para pedir limosna!

—Yo sé tocar también la guitarra un poco —sonrió el joven—, así que con la música, doblaremos las limosnas.

—Déjese de bromas de mal gusto, Clemens —refunfuñó el jefe de policía—. A partir de hoy, le encomiendo, la investigación de esos dos crímenes. No haga otra cosa; queda relevado de cualquier otro servicio, ¿me ha entendido?

—Sí, señor.

—Y tenga compasión de un hombre de cincuenta años, con esposa, dos hijos solteros y un nieto en camino —gimió Hill—. Usted es muy joven todavía, pero a mí edad, no me querrían ni para vigilante nocturno de un supermercado.

Clemens sonrió al observar las aprensiones de su jefe.

—Haré todo lo que pueda, descuide —le animó.

—Todos los medios de la fuerza policial de Davison County están a su disposición, Clemens. Pida sin regateos, pero deténgame al estrangulador.

—Muy bien. De todas formas, por ahora, prefiero emplear el menor número de gente posible. Si no le importa, me llevaré únicamente al sargento Garris.

—Conforme.

—Es un hombre quizá no demasiado inteligente, pero tenaz y muy observador y, sobre todo, capaz de cumplir una orden al pie de la letra. Su esposa es matrona en esta Jefatura.

—Lo sé, Clemens.

—Y esto me recuerda —dijo el joven pensativamente—, que en la misma Jefatura hay una persona que conoció a la primera mujer asesinada.

El jefe Hill saltó en su asiento.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Quién diablos se lo ha dicho? ¿Quién es?

—La instructora de gimnasia, jefe. Dinorah Slavik. Pero no sé más, porque usted insistió en que viniera a verle cuanto antes y no tuvimos tiempo de seguir la conversación.

—Ahora mismo hablaremos con ella —decretó Hill, inclinándose hacia el interfono.

Segundos más tarde, recibía una respuesta poco animadora:

—La señorita Slavik terminó su clase y se marchó, jefe.

Es igual —dijo, el joven—. De todas formas, a la noche estoy citado con ella para cenar en el “Gordon’s”.

Hill miró de soslayo a su subordinado.

—Clemens, acuérdese de mi mujer, mis hijos y el nieto que está a punto de llegar a este perro mundo.

Clemens se levantó de la mesa.

—Me invitará al bautizo, ¿verdad, jefe? —sonrió, mientras se dirigía hacia la salida del despacho.

* * *

El sargento Phil Garris era un hombre de rostro estólido y cuadrado, fornido, con manos como palas y la tenacidad y tozudez de una mula californiana. Contaba alrededor de cuarenta años, y su ascenso se había producido por antigüedad, no por méritos, pese a que los tenía e indiscutibles. Su espesa era matrona policial desde hacía diez años y los dos componían un matrimonio feliz y muy bien avenido, quizá porque a ambos les gustaba su profesión sin reparos. Phil Garris estaba en pie, frente al despacho del joven, adonde este se había llevado una copia de los dos atestados policiales relativos a los asesinatos.

—Dos mujeres —murmuró Clemens, hojeando los expedientes—, ambas jóvenes y hermosas. Rosemarie Van Kays, veintisiete años, divorciada una vez, con una bonita fortuna propia, incrementada por la pensión de tres mil dólares mensuales que le pasaba su ex esposo, Sam Van Kays. La coartada de Van Kays es perfecta y, salvo el divorcio, no hay absolutamente nada reprochable en su vida privada. Todas las personas que corroboraron su coartada son asimismo de excelente conducta y buena posición ciudadana. Sam Van Kays, queda, por tanto, descartado.

Encendió un cigarrillo, después de ofrecer otro a Garrís, y continuó:

—Marilyn Thaxter. Veintiséis años, bonita y hermosa.

Soltera, pero muy amiga de la diversión. Su vida privada no era muy edificante que digamos, pero tampoco escandalosa en exceso. Simplemente, se divertía, gastando parte de la renta anual de ciento veinte mil dólares, procedente de un buen paquete de acciones de la "Gulf Oil", que le dejó su padre al morir. Sus amistades más próximas, pese a que entre ellas hay algunas muy poco recomendables, no tenían motivos para asesinarla. Y los que pudieran llamarse sospechosos de ese grupito de amistades, están fuera de toda duda por sus coartadas. ¿Cuál es su opinión, sargento?

—No se puede expresar con palabras, teniente —gruñó Garris—. Pero de todas formas, le diré que se trata de un asunto endiablado,

que nos va a hacer consumir una gran cantidad de aspirinas.

—Eso mismo pienso yo —concordó el joven en tono reflexivo. Consultó su reloj con gesto rápido—. ¿Qué tal si nos diésemos una vuelta por la calle Purvis e interrogásemos a los vecinos de las casas más inmediatas al lugar donde se cometió el crimen de anoche? Ya sé que el sargento Gearry ha efectuado un interrogatorio exhaustivo de esos vecinos, pero tal vez nosotros pudiéramos obtener algún detalle que le hubiera pasado por alto a Gearry.

—Es una buena idea, teniente —aceptó Garris.

* * *

Quince minutos después, Garris detenía el coche policial a veinte metros del lugar donde había sido asesinada Marilyn Thaxter. Sin apearse del vehículo, Clemens encendió un cigarrillo y examinó la calle.

Era un lugar tranquilo, de relativamente poco tránsito, amplias aceras y edificios, en su mayoría, construidos a finales del siglo pasado o a principios del actual. Casas grandes, de tres o cuatro pisos cuando más, casi todas con verja y jardín y muchas con algunos árboles. El domicilio de Marilyn Thaxter, sin embargo, no tenía jardín; era una casa de dos plantas, en la cual había habitado ella sola con una sirvienta panameña. La puerta de la casa daba directamente a la acera. Lo mismo que el edificio, tres números más allá, en cuyo portal había sido asesinada.

A su lado, el sargento Garris permanecía silencioso, inmóvil como una esfinge. Unos minutos más tarde, Rupert Clemens se decidió a actuar.

Los interrogatorios duraron largo rato, sin que el joven hubiera sacado, en limpio más de lo que ya había podido leer en los informes policiales. Finalmente, cuando ya creía que había perdido el tiempo lamentablemente, encontró una persona que le facilitó lo que podía ser el indicio de una pequeña pista.

—Yo no vi nada, anoche, precisamente —dijo la señora Elmton, una mujer de cincuenta y tantos años, delgada, huesuda con una nariz aguileña que le infundía el aspecto de una ave rapaz y unos ojos menudos y brillantes como bolitas de acero de penetrante mirada—. No, no vi nada, y es cosa rara, porque estoy harta de ver a Marilyn Thaxter regresar borracha a altas horas de la madrugada, alborotando y escandalizando como no se pueden dar ustedes una idea…

Clemens y Garris soportaron estoicamente el voluble chorro, de

palabras que fluían incesantemente de los delgados labios de la señora Elmton. El joven pensó que la señora Elmton disfrutaba oyéndose a sí misma y que, cuando no tenía alguien con quien hablar, se ponía delante de un espejo para conversar consigo misma. "Es el clásico tipo de mujer gruñona, aficionada a la crítica puritana y asociada de las Ligas Feministas, Antialcohólica, de Protección a los animales y Plantas y qué sé yo cuantas cosas más", resumió su calificación acerca de la parlanchina mujer.

—… Con todo los respetos para su memoria —seguía hablando la señora Elmton—. Marilyn Thaxter tenía que acabar así algún día, estrangulada o con un puñal en la garganta. Una vida dedicada enteramente al lujo y a la molicie…

Garris cargó el peso de su cuerpo sobre el pie izquierdo. Clemens sentía unas ganas locas de fumar, pero se contuvo, pensando que, probablemente, la señora Elmton pertenecía también a la Liga de No Fumadores.

—… Pero anoche, precisamente, como digo, no vi llegar a Marilyn Thaxter, porque daba la casualidad de que "echaban" una buena película por la televisión…

El sargento Garris dejó escapar el aire de sus pulmones al exhalar un fuerte resoplido. Las ganas de fumar de Rupert Clemens iban en aumento.

—… Pero yo estoy segura de que hay alguien que lo vio, es decir, creo que pudo ver algo. Se trata de la señorita Grindley, que vive en el piso de encima y está siempre despierta hasta altas horas de la noche…

—Eso es todo, muchas gracias, señora Elmton —cortó el joven, aprovechando la ocasión que se le ofrecía en bandeja—. Vamos, sargento.

—¡Qué poca educación tienen estos jóvenes de hoy día! —refunfuñó la señora Elmton al quedarse sola—. Encima de que una trata de ayudarles, ni siquiera escuchan unas explicaciones. ¡Groseros! ¡Ni las gracias me dieron!

CAPÍTULO IV

El domicilio de la señorita Grindley estaba situado en el ático de la casa, que era la tercera planta. No había más puertas, lo cual hizo deducir a Clemens que solo vivía en ella la dama mencionada por la charlatana señora Elmton.

Llamaron al timbre. Momentos después, la puerta se abrió y una robusta doncella de mediana edad, ataviada con traje negro y cofia blanca, salió a recibirles.

—Soy el teniente Clemens, de la policía local —dijo el joven, destocándose cortésmente—. Este es el sargento Garris. Vea nuestras credenciales, señora.

—Sí —contestó la doncella con gesto impasible.

—Desearíamos conversar un momento con la señorita Grindley. Es a propósito del crimen que se cometió anoche en la vecindad.

—Tengan la bondad de aguardar unos momentos —contestó la doncella—. Iré a ver si la señorita Grindley consiente en recibirles.

—Muchas gracias.

Clemens y Garris pasaron al recibidor, una estancia decorada de una forma agradable, pese a la evidente antigüedad de los muebles, que los hacía estar pasados de moda. Pero el buen gusto del decorador había salvado hábilmente tales inconvenientes.

La doncella vino momentos después, cuando apenas el joven si había tenido tiempo de dar dos chupadas al cigarrillo.

—Tengan la bondad de seguirme —dijo la mujer con voz neutra.

—Parece Rebeca —masculló Garris entre dientes, siguiendo a su oficial.

Los dos hombres penetraron en una vasta pieza, mezcla de comedor, cuarto de estar y estudio. Había un gran piano de cola en un ángulo, bajo el techo inclinado, debido a que el tejado caía directamente sobre la estancia; un caballete de pintor, con la tela cubierta por un paño, una mesa y varias sillas en otro, rincón, dispuesta para ser utilizada en las horas de comida y una pared era un conjunto de estantes repletos de libros. La dueña de la casa estaba sentada en el lado opuesto, junto a un gran ventanal, protegido por unas historiadas cortinillas de lino bordado con encajes.

Clemens miró a la mujer. Era joven, de largos cabellos castaños, sedosos y brillantes, y rasgados ojos de color violeta. Parecía tener

un tipo muy esbelto, a juzgar por lo poco que podía ver de ella, ya que la señorita Grindley estaba sentada en una gran silla, con las piernas cubiertas enteramente por un *plaid* escocés, de vivos cuadros, rojos, azules y amarillos. Clemens se sintió muy extrañado al observar la acentuada palidez del rostro de a joven, cuya edad calculó en unos veintiséis años, aproximadamente.

En unión del sargento Garris, se acercó al lugar donde la señorita Grindley se hallaba sentada, al lado de un atril sobre el cual se veía abierto un gran libro.

—Señorita Grindley —se presentó—, soy el teniente Clemens. Mi acompañante es el sargento Garris, ambos de la Brigada Criminal.

La joven movió ligeramente la cabeza un par de veces.

—Tomen asiento, caballeros —contestó con voz muy agradable de escuchar—. Louise, mi doncella, ya me ha informado de sus pretensiones y, aunque he sido ampliamente interrogada, no tengo ningún inconveniente en colaborar con ustedes en cuanto sea posible para el esclarecimiento de tan horrible crimen.

—Es muy amable, señorita Grindley —contestó el joven. Dirigió una rápida mirada hacia la ventana—. Desde aquí se divisa el otro lado de la calle, precisamente el punto donde se cometió el crimen.

—Así es, teniente. Y debo manifestarle que no vi nada, a pesar de que estaba despierta en aquellos momentos. Por otra parte —añadió la joven—, poco hubiera podido ver; como, usted mismo puede apreciar, el lugar donde fue asesinada Marilyn, queda justamente en el centro del espacio que hay entre los dos faroles más cercanos. La luz es pobre en la calle Purvis, teniente. Al parecer —añadió la señorita Grindley con marcada ironía—, el Municipio considera a los habitantes de esta calle como ciudadanos de segunda clase.

—En cambio, gozan ustedes de una envidiable tranquilidad —sonrió Clemens—. Está en un lugar apartado, poco tránsito y el ruido es mínimo —de repente se acordó de un detalle—. Antes mencionó usted una cosa, señorita Grindley.

—¿Sí, teniente?

—Dijo, refiriéndose a la interfecta, solamente Marilyn. ¿Acaso la conocía usted?

—Sí.

Clemens se mostró muy sorprendido al escuchar la insólita respuesta a la joven. Cambió una rápida mirada con Garris y luego volvió la vista hacia ella.

—Perdone mi objeción, señorita Grindley, pero he leído los informes policiales y en ellos no se menciona para nada que usted

conociese a la interfecta, quiero decir a Marilyn Thaxter.

—Nadie me lo preguntó, por otra parte —contestó ella con leve sonrisa, que Clemens calificó de irónica. Y yo juzgué que no tenía importancia alguna ese conocimiento, puesto que, por si fuese poco, hacía ya varios años que no nos tratábamos en absoluto.

—¿De veras? Esto es muy interesante —manifestó el joven—. ¿Dónde se conocieron ustedes, señoría Grindley?

—En “Malvern Courts”, teniente. Marilyn y yo estuvimos internas allí durante algunos años.

Clemens silbó tenuemente, mientras volvía a mirar de nuevo, a Garris. “Malvern Courts” era un colegio exclusivo, aristocrático, al cual solo acudían las jóvenes procedentes de familias muy adineradas. Pero el haber permanecido unos años en “Malvern Courts” confería un sello de distinción inigualable, que no todas podían alcanzar.

—Y —preguntó, cuando se hubo, rehecho de la sorpresa recibida —, ¿puede informarme a qué se debió el cese de su amistad?

—Hay varias causas, pero la principal, precisamente, fue la poco correcta conducta que observaba Marilyn Thaxter. Su comportamiento no era precisamente el de una dama —contestó la señorita Grindley levantando la barbilla orgullosamente—. Era una vergüenza para “Malvern Courts” y cuantas habíamos estudiado junto a ella. Ahora bien —añadió—, no fue una ruptura violenta ni inamistosa. Simplemente, dejarnos de relacionamos; cual si no nos hubiéramos conocido nunca.

—Entiendo —murmuró el joven—. Pero usted la veía volver muchas veces a su casa, al parecer, en no muy buen estado físico y a altas horas de la madrugada.

—Así es, teniente. Me acuesto muy tarde. Permanezco levantada leyendo o bien pintando, como puede apreciar por aquel caballete. La lectura y la pintura puede decirse que son casi mis únicas distracciones. Oigo la radio muy poco y, en cuanto a la televisión, me daña la vista de tal manera, que el médico terminó por prohibírmela tajantemente.

—Entiendo —dijo el joven—. Y anoche, ¿no vio usted volver a su casa a Marilyn Thaxter?

—No. Precisamente estaba pintando, lejos de la ventana, teniente. Debo añadir que otras veces, aun cuando esté leyendo en este mismo lugar, tampoco la veía regresar, si en ese momento estaba absorta en la lectura. Solo me entere de que había ocurrido algo, cuando oí un grito de mujer —la que descubrió su cadáver— y vi luego el tumulto que promovió tal descubrimiento. Cómo puede

apreciar, desde aquí se pueden ver con toda facilidad su casa y la otra, tres puertas más allá, que es donde el asesino la estranguló.

—Desde luego —convino el joven, lanzando una mirada a través del pequeño espacio que dejaban las cortinillas—. Y, una última pregunta, señorita Grindley.

—Sí, teniente —contestó ella.

—Puesto que ustedes dos, en tiempo, fueron conocidas, ¿no podría indicarme, caso de saberlo, si Marilyn Thaxter tenía enemigos?

—No, no puedo contestarle nada al respecto. Lo siento, teniente.

—Es igual. Gracias de todas formas por su Cooper…

Clemens fue interrumpido bruscamente. Alguien abrió la puerta con gesto enojado y se coló en la pieza.

—¡Melanie! ¿Qué están haciendo aquí estos individuos?

Clemens y Garris se pusieron en pie a un tiempo, contemplando al recién llegado. Tratábase de un sujeto no muy alto, atlético, tremendamente fornido, de mandíbula cuadrada y ojos claros, que miraban hostilmente a los policías. Vestía atildadamente, con ropas caras, y su pelo corto, escuadrado, la limpieza de sus mejillas, le hacían parecer más joven de lo que era en realidad. Aparentaba unos veintiocho o treinta años, cuando, en realidad, según calculó Clemens observadoramente, tenía seis u ocho más.

—Soy el teniente Clemens —se presentó, poniéndose en pie—. Este es el sargento Garris. Hemos venido a formular a la señorita Grindley algunas preguntas relativas al crimen que se cometió anoche en la vecindad.

El recién llegado señaló hostilmente con el pulgar hacia la puerta.

—Pues ya se están largando de aquí —dijo en tono áspero—. Sus compañeros ya interrogaron anoche y esta mañana a la señorita Grindley lo suficiente como para marearla hasta el aturdimiento.

—Por favor, Raymond —intervino la joven—. En realidad, se han portado muy amablemente conmigo. No me han molestado en absoluto, te lo aseguro —miró al joven y sonrió—. Teniente, le presento al señor Farnell, un excelente amigo mío.

—Que se siente muy preocupado por esta serie de incomodidades que estás recibiendo por algo que no tiene relación alguna contigo —añadió Farnell, sin abandonar su tono agresivo—. ¿Es que no se han dado cuenta que la señorita Grindley está delicada de salud?

Clemens miró a la joven. Melanie Grindley sonrió tristemente.

—Hace un par de años sufrí un accidente y quedé inválida de a

cintura para abajo —dijo.

El rostro de Clemens se contrajo súbitamente.

—¡Oh, cuánto lo siento! —exclamó con plena sinceridad—. Excúseme, lo ignoraba por completo.

—No se preocupe —sonrió Melanie.

—Y yo —terció Farnell en tono altivo—; vengo a buscarla siempre que puedo para pasear. No me importa su enfermedad; si ella me acepta, estoy dispuesto a ser su marido, en cualquier momento.

—¡Raymond! —exclamó la joven, ruborizándose—. Por favor.

—Es la verdad y la verdad no teme a nadie —declaró Farnell enfáticamente, alzando la barbilla—. Ya sé que tú no quieres aceptarme por tu invalidez, pero eso a mí no me importa nada.

—Eres un magnífico muchacho, Raymond —contestó Melanie—, pero por nada del mundo te haría cargar con un estorbo como yo.

—Basta ya, Melanie —cortó Farnell imperativamente—. Estos señores no tienen por qué enterarse de asuntos que solo a ti y a mí conciernen y que, por lo tanto, no están relacionados en modo alguno con el motivo que les ha traído hasta aquí.

—Tiene usted razón, señor Farnell —contestó el joven—. Ha sido usted muy amable, señorita Grindley. Gracias por su cooperación.

—Me alegra haberles sido útil, teniente —contestó dulcemente la inválida.

En el coche, ya de vuelta a la Jefatura, Clemens pudo saborear por fin su cigarrillo.

—¿Qué le ha parecido la chica, sargento?

—Muy buena y muy bonita —contestó Garris, atento al volante —. Una verdadera lástima que deba estar encadenada a un sillón de ruedas.

—Y, no quisiera ser un profeta aguafiestas, pero también es una lástima que acabe cediendo y, por no estar sola, llegue a casarse con Farnell.

—A mí no me ha gustado nada en absoluto —gruñó el buen sargento—. Demasiado déspota y autoritario, aun contando que se dirigía a nosotros. Pero, ¿se fijó usted en su actitud? No me refiero a la forma en que nos trató, sino la manera que empleaba para hablar con la pobre inválida. Juraba que se casaría en cuanto, ella quisiera, pero, entro líneas, si vale la frase, estaba diciendo: “Tú te casarás conmigo, porque lo mando yo”.

—Y sanseacabó —rio el joven—. Sí, algo de eso quería decir Farnell—. La sonrisa se borró de sus labios bruscamente—. De todas

formas, no hemos adelantado gran cosa, Garris. Será cosa de insistir nuevamente en las amistades de la Thaxter.

—Desde luego, señor —convino el sargento.

—Y, no dejemos esto en saco roto que, ¿amén sabe lo que puede salir más adelante? Ponga un hombre a investigar exclusivamente a Farnell, ¿me entiende?

—Dentro de dos días, sabrá usted hasta el nombre del leñador que cortó el pino, con el cual se elaboró la pasta, de la que se hizo el papel, con el cual se fabricó el libro registro en que fue anotado el nombre de Raymond Farnell al nacer —afirmó el sargento pintorescamente. Pero no era una afirmación vana y Rupert Clemens lo sabía a la perfección.

CAPÍTULO V

Los redondos hombros, blancos, de lechosa carnación, emergían como mórbida espuma del ceñido traje de noche de color azul plata, que vestía Dinorah Slavik. Sus rubios cabellos formaban una especie de aureola en torno a su cabeza y, pese a la continua práctica de la gimnasia y toda clase de ejercicios físicos, aparecía exquisitamente femenina, más mujer que nunca, según la íntima apreciación de su acompañante de aquella noche, Rupert Clemens.

—¿En qué estás pensando, Rup? —preguntó Dinorah al cabo de unos momentos de relativo, silencio.

—En ti —contestó él, sonriendo.

La orquesta del “Gordon’s”, uno de los locales más exclusivos de Madison County, atacó los compases de “Tiempo borrascoso”. Dinorah hizo un mohín.

—No seas elusivo, Rup —contestó—. En estos momentos no pensabas en mí. Al menos —añadió maliciosamente—, no de la forma que a mí me habría agradado.

—Ya salió la mujer, ávida de capturar un marido a cualquier precio. ¿Es que en todo Madison County no hay otro chico más guapo que yo?

—Por supuesto, pero ninguno me gusta como tú.

—Fumo en la cama y quemo las sábanas.

—Me gusta zurcir las quemaduras.

—Y ronco al dormir.

—Usaré algodones en los oídos.

—Como a lo fiera.

—Magnífico. Así me ahorraré cubiertos.

—Dejo el cuarto, de baño hecho un asco.

—Me encantará limpiarlo.

Clemens abrió las manos.

—Me rindo, querida. ¿Cuándo me pides en matrimonio?

—Ahora mismo. ¿Quieres casarte conmigo?

—Cuando me hayas contestado a una pregunta.

—Formúlala, Rup. ¿Vas a peguntarme si acogeré con benevolencia a los siete chiquillos que tienes abandonados por las calles lluviosas?

—Son nueve, pero eso carece de importancia. Ya sé que te pirras por los críos, Dinorah. De todas formas, no tengas prisa; todo

llegará por sus pasos contados. Ahora, responde: ¿dónde conociste a Rosemarie Van Kays?

—Estudiamos juntas dos años.

—¿De veras? Eso es nuevo para mí. ¿Qué clase de amistad era la vuestra? ¿Profunda, superficial o la corriente entre alumnas del mismo colegio?

—Lo último, querido —de pronto, los ojos de Dinorah se desorbitaron enormemente—. ¡Cielos! —exclamó.

—¿Qué te ocurre, querida? —preguntó él, sumamente extrañado.

—Mira quién viene aquí. Pero, ¡si es la mismísima Melanie Grindley!

Clemens sufrió una fuerte sacudida al oír aquel nombre. Volvió la cabeza, quedándose tan estupefacto como su hermosa acompañante.

Melanie Grindley estaba sentada en un sillón de ruedas, que empujaba el propio Raymond Farnell. La joven aparecía realmente hechicera y, a rio ser por el mueble transportable, nadie habría podido asegurar que era una inválida. Vestía un traje de fiesta, muy vaporoso, de color rosa pálido, del cual emergía una garganta de cisne, blanca y marmórea. Los brazos aparecían asimismo al descubierto. No obstante, las piernas estaban cubiertas por el *plaid* escocés que el joven había visto aquella mañana, y sus manos, largas, de dedos sensitivos, aparecían apoyadas sobre el regazo.

Clemens se puso en pie, al mismo tiempo que Dinorah salía al encuentro de la joven. Clemens pudo darse cuenta de que la escena no parecía ser muy del agrado del acompañante de Melanie Grindley.

—¡Querida! —exclamó Dinorah, inclinándose hacia la inválida —, no sabes qué sorpresa tan agradable me das al verte aquí. ¿Cómo te encuentras?

—Ya ves, Dinorah —sonrió Melanie tristemente—, no demasiado bien. Gracias a mí buen amigo Raymond Farnell, puedo salir de vez en cuando a distraerme un poco. Raymond —añadió la inválida—, te presenta a una de mis mejores amigas, Dinorah Slavik. Al teniente Clemens ya lo conoces.

—Por supuesto —contestó Farnell rígidamente—. ¿Qué tal, señorita Slavik?

—Encantada, señor Farnell —contestó la joven—. Melanie, este es…

—Lo sé —interrumpió la inválida, sonriendo—. Hemos tenido el gusto de conocemos no hace mucho tiempo. El teniente Clemens

estuvo a verme poco después de comer. ¿Cómo está teniente?

—Celebro mucho volver a verla, señorita Grindley —contestó el joven—. Me sentiría muy honrado —añadió— si usted y el señor Farnell quisieran acompañarnos en nuestra mesa.

—Claro que sí —aceptó Melanie de inmediato. Levantó la vista y miró ligeramente hacia atrás—. ¿Verdad que no te importa, Raymond?

Clemens espió las reacciones de Farnell. Este acabó por sonreír, aunque el joven pudo darse cuenta fácilmente de que su sonrisa era envarada, poco natural.

—Encantados y agradecidos —contestó el acompañante de Melanie. Entonces, Clemens hizo una seña al camarero que aguardaba respetuosamente a un lado.

—Dos cubiertos más, por favor.

—Al momento, señor —contestó el sirviente.

Melanie se situó en un lado de la mesa, algo oblicuamente con respecto a la misma, en tanto que Farnell se colocaba frente a ella, a la izquierda de Dinorah. Charlaron de temas banales, hasta que hubieron servido a los recién llegados.

Entonces, Dinorah, dirigiéndose a la inválida, dijo:

—Tendrás que perdonarme no haya ido a visitarte Melanie. Tengo tanto trabajo que apenas si me queda tiempo para nada. Laura Cripps me informó de tu desgraciado accidente y de que te habías establecido, en Davison County.

—No te preocupes por ello —sonrió la inválida—. Me imagino fácilmente que habrás estado muy ocupada. De todas formas, lo importante es que nos hayamos vuelto a ver, Dinorah. Hace ya bastantes años que nos despedimos, ¿verdad?

Mientras las dos jóvenes charlaban, Clemens se preguntaba de dónde procedía aquel conocimiento y la amistad que se demostraban mutuamente. En aquel momento, Farnell le dijo algo y la atención del joven se distrajo unos momentos, mientras atendía al acompañante de Melanie.

Mientras tanto, las dos jóvenes seguían hablando. Melanie preguntó:

—¿Es indiscreto preguntarte qué haces ahora, querida Dinorah?

—En absoluto. Pertenezco al Cuerpo Femenino de Policía de Davison County y soy instructora de gimnasia de las mujeres policías.

—Ah, trabajas con Clemens.

—Más o menos —sonrió Dinorah—. Claro, que mi labor es muy distinta, Melanie.

—Comprendo. Así que instructora de gimnasia —el rostro de la inválida se nubló unos instantes.

Clemens había oído las últimas palabras y pudo captar la nota de tristeza que latía en la voz de la hermosa Melanie, atada de por vida a un sillón de ruedas, en tanto que Dinorah era la estampa viva de la salud y la belleza físicas femeninas.

Dinorah se inclinó un tanto hacia la inválida.

—Dime, Melanie, ¿qué hay entre tú y Raymond? Oh —sonrió—, por supuesto, te lo pregunto con curiosidad de antigua compañera de estudios.

Melanie sonrió.

—Es un buen amigo mío —contestó. A pesar de que Clemens atendía a Farnell, no perdía, en realidad, ni una Sílaba del diálogo de las muchachas—. Viene a verme con muchísima frecuencia y, a veces, como hoy, me lleva a distraerme a algún sitio bueno. Me dijo que la música y la comida del “Gordon’s” eran excelentes y accedí a que me trajera aquí. Es muy bueno, Dinorah, te lo aseguro.

—Celebro que sea así —dijo Dinorah con cierta malicia—. Espero que pronto puedas darme buenas noticias, querida.

—Oh, no —contestó Melanie, perdiendo la sonrisa—. Estoy atada a un sillón de por vida y no, me gustaría sacrificar a un hombre por mí causa. Raymond es joven y fuerte y merece una mujer sana. Como tú, Dinorah. ¿Sabes? te veo más bonita que nunca.

—Gracias, Melanie. Pero no hagas caso de prejuicios; si Raymond insiste…

Al cabo, de un rato, Melanie se dirigió al policía.

—Teniente, ¿sería indiscreción por mí parte preguntarle por el estado de sus investigaciones?

Clemens se limpió los labios con la servilleta cuidadosamente.

—En absoluto, señorita Grindley…

—Llámeme Melanie, por favor —dijo ella dulcemente, con gran descontento de Farnell. Dinorah se apercibió del detalle y empezó a hablar con el individuo, distrayendo así su atención.

—Gracias, Melanie —sonrió él—. Lo haré si usted me llama Rup, como hacen los amigos.

—De acuerdo, Rup. Y ahora, ¿qué me contesta?

—Francamente, nada. Lo último que he podido añadir a las pesquisas efectuadas hasta ahora, es lo que usted nos contó esta tarde al sargento Garris y a mí. Temo —añadió, meneando a cabeza con gesto pesimista—, que sea un caso de difícil solución y que nos proporcione muchos quebraderos de cabeza.

* * *

Más tarde, Rupert Clemens acompañó a Dinorah hasta su casa. El joven no tenía coche propio, por lo que hubieron de efectuar el trayecto en un taxi, el cual les dejó a cierta distancia del domicilio de Dinorah. Aquella noche no había niebla y Clemens prefirió cubrir a pie el resto del trayecto. Tomó con la suya la mano de Dinorah, sin que ella se opusiera.

—No sabía que tú y Melanie os conocierais de antiguo —dijo, buscando entrar en materia.

—Estudiamos juntas, ya te lo dije Rup.

—¿En “Malvern Courts”?

Dinorah se manifestó muy sorprendida.

—¿Cómo lo sabes? Yo no recuerdo haberte dicho nada al respecto, Rup.

—Verás —respondió él lentamente—. Cuando hablé esta tarde con Melanie, me habló de la muchacha que asesinaron anoche… bueno, anteanoche ya, y me dijo que también habían estudiado juntas en “Malvern Courts”.

—¿Qué? —exclamó Dinorah, cuya sorpresa crecía a cada momento—. No sabía que Marilyn Thaxter hubiera estudiado en Malvern Courts.

—Entonces, tú conocías a Rosemarie Van Kays y a Melanie, pero no a Marilyn Thaxter.

—Sí, pero no te extrañe, Rup. No todas las alumnas seguíamos los mismos cursos y, además, mi estancia en aquel colegio fue relativamente breve. Es un lugar caro, además de exclusivo, y cuando llevaba dos años, mi padre perdió toda su fortuna, por lo que tuve que abandonarlo y empezar a trabajar para ganarme la vida.

—Entiendo. Eso significa que Melanie continuó después de tu marcha.

—Sí, claro. Y, posiblemente, es decir, seguramente, Marilyn Thaxter ingresaría en el colegio al poco tiempo. Por eso no llegué a conocerla.

—Sin embargo —alegó él—, esta noche dijiste conocer a una amiga común.

—En efecto. Laura Cripps. Ella me informó hace algunas semanas que Melanie había venido a vivir a Davison County y también me dijo lo del accidente que la había dejado inválida.

—¿Qué clase de accidente?

—No tengo la menor idea, Rup. Es más, ni siquiera se me

ocurrió preguntárselo… Oye —observó Dinorah, frunciendo el ceño—, ¿por qué te preocupas tanto por Melanie? Esta noche, te acaramelaste demasiado con ella, ¡había que ver la cara que ponía Raymond Farnell!

—No digas tonterías, Dinorah.

—Por tonterías se empieza… y luego se termina en boda. Porque, a pesar de todo, Melanie es muy hermosa, muy buena, era una muchacha magnífica, lo recuerdo muy bien… y dueña de una saneadísima fortuna. ¿Puedes pedir algo más?

Clemens atrajo bruscamente a la muchacha hacia sí.

—Desde luego —dijo, rodeando su esbelto talle con el brazo—: a ti, Dinorah.

Por un momento, creyó que ella iba a ceder y que le besaría, pero de repente, ella le tomó por un brazo, retorciéndoselo con una hábil presa.

—Procedimiento número uno para inutilizar a los tenorios que se valen de la oscuridad para acosar a las mujeres que caminan solas en la calle —dijo, riendo.

Clemens se amoscó.

—Suéltame, Dinorah —dijo.

—Antes tendrás que pedirme perdón, Rup.

—Está bien, te pido perdón y… ¡Caramba, qué manos tan fuertes tienes, chica!

—No olvides que soy profesora de cultura física y poseo unos músculos muy bien ejercitados, Rup —contestó ella, soltándole. Se echó a reír y dijo—: Ahora ya tienes permiso para besarme, querido.

—Mil gracias, majestad —respondió él, aprovechando la ocasión sin reparos de ninguna clase.

CAPÍTULO VI

—¿Qué clase de accidente, señorita Cripps?

—No lo sé, teniente. Mi sorpresa fue muy grande al encontrarme a Melanie Grindley en Davison County y en aquella forma. Ella me dijo que había sido un accidente y yo, por discreción, me abstuve de preguntarle más detalles.

—Comprendo, señorita Cripps.

Rupert Clemens miró a Laura Cripps, la muchacha que le había indicado Dinorah. Laura era una joven de unos veintiocho años, pelirroja, de ojos verdes, menuda, pero de formas exuberantes, que vestía un detonante conjunto de estar por casa, compuesta de un ceñido blusón azul eléctrico y pantalones escarlata. El ambiente de la residencia rebosaba lujo por todas partes, lo que, en opinión del joven, estaba completamente de acuerdo con los estudias que Laura había realizado en el carísimo colegio de “Malvern Courts”.

—¿Desea formularme alguna pregunta más, teniente? —indicó Laura.

Clemens se percató del tono reticente, casi hostil, que había usado la bella pelirroja en la breve conversación que habían sostenido hasta aquel momento. Laura Cripps parecía molesta por las preguntas del joven, pese a que estas carecían de intención alguna.

En realidad, no sabía definir con exactitud las causas que le habían llevado a visitar a la pelirroja. La clase de accidente sufrido por Melanie Grindley carecía de importancia, bien mirado; posiblemente un vuelco de automóvil o cosa por el estilo.

—¿Eran ustedes muy amigas en “Malvern Courts”? —preguntó, sin demasiadas ganas.

—¡Psé! Lo corriente, oficial.

—¿Conoció usted también allí a Dinorah Slavik?

—Sí, claro. Fuimos buenas amigas, aunque un día discutimos con bastante acritud. Llegamos a las manos, incluso.

Clemens sonrió divertidamente. Laura Cripps se amoscó un tanto.

—No tiene ninguna gracia, teniente —dijo—… Ha pasado ya mucho tiempo y ahora comprendo que fue una tontería, pero estuvo a punto de estrangularme. Dinorah fue siempre una chica de excepcional fortaleza física. Ganaba continuamente todos los

premios de gimnasia y ejercicios físicos en que tomaba parte.

El joven se puso pálido. Por primera vez, acababa de albergarse en su mente una horrible sospecha.

¡Caramba, qué manos tan fuertes tienes, chica!

No olvides que soy profesora de cultura física y poseo unos músculos muy bien ejercitados, Rup.

Las dos frases acababan de acudir a su memoria con toda exactitud. Habían sido pronunciadas por ambos, momentos antes de despedirse.

De repente se sintió inquieto y nervioso.

—Gracias, señorita Cripps. Su ayuda ha sido muy valiosa.

Laura Cripps sonrió por primera vez. Apoyó una mano en la cadera y adoptó una postura destinada a hacer resaltar las voluptuosas curvas de su cuerpo bien formado.

—Celebro haberle sido útil, teniente —le miró a través de unas largas pestañas, espesamente cargadas de pintura negra—. Si puedo ayudarle en algo otra vez —añadió en voz baja, susurrante—, no deje de venir a verme cuando quiera.

—Muy amable, señorita —respondió él. Y se despidió rápidamente, saliendo de la casa como si le persiguiera un millar de diablos coléricos.

* * *

Permaneció en su despacho durante largo rato, con la cabeza hundida entre las manos, entregado a sus amargas reflexiones. Las sospechas que había concebido al escuchar las palabras de Laura Cripps se habían clavado en su espíritu, tomando la forma de un insidioso dardo venenoso, no por invisible menos efectivo.

Tiene unas manos muy fuertes…

Mis músculos están muy bien ejercitados…

Quiso estrangularme…

Profesora de cultura física…

Vencía siempre en todas las competiciones deportivas…

No, no era posible.

Y, sin embargo…

Recordó la facilidad con que Dinorah le había derrotado cuando él intentó besarla.

Un recurso contra los tenorios baratos…

Claro que le había cogido por sorpresa; de otra forma, no le habría vencido. No obstante, los hechos subsistían.

Entonces, al cabo de un rato, empezó a analizar las causas.

¿Tenía Dinorah algún motivo de enemistad contra las dos muertas?

La joven había manifestado conocer a Marilyn Thaxter, pero no así a Rosemarie Van Kays. Esto podía no ser verdad; por alguna razón ignorada, debía haberle mentido.

Pero, suponiendo que ella fuera la autora de ambas muertes, ¿cuáles eran los motivos qué había tenido contra las dos antiguas compañeras de “Malvern Courts”?

Dinorah había permanecido, relativamente poco tiempo en el colegio. La media de estancia eran de cuatro a seis años. Ella había dicho que su permanencia en “Malvern Courts” había durado dos años escasamente. Su padre se había arruinado y, naturalmente, no había podido satisfacer las elevadísimas minutas que cobraban en tal colegio.

¿Resentimiento contra otras muchachas de mejor fortuna en lo económico?

Era una posibilidad digna de ser tenida en cuenta.

Y, sin embargo, Dinorah parecía una muchacha de alma limpia, carente de complejos de cualquier clase, de espíritu sano y abierto, franca y leal.

Pero…

Sus manos.

Quiso estrangularme…

No podía quitárselo de la cabeza.

* * *

Entró el sargento Garris.

—Hola, teniente.

—¿Sargento?

—¿Leyó mi informe sobre Raymond Farnell?

—No he tenido tiempo —mintió el joven a medias—. ¿Qué dice?

—Una vida clara y diáfana, señor. Es alto empleado, de una poderosa empresa, con un buen sueldo y porcentaje en los beneficios anuales. Cierto que tiene un carácter adusto y a veces se muestra colérico con sus subordinados, pero es un hombre eficiente para el negocio. Honrado a carta cabal. No se le conocen devaneos ni amoríos de ninguna clase, usted ya me entiende, teniente. Es asiduo de la señorita Grindley, a la cual visita siempre que sus ocupaciones se lo permiten. En la empresa tienen un elevado concepto de él y, si logra un día refrenar sus impulsos, acabará siendo asociado de la empresa.

—Un buen informe, sargento —elogió el joven, cuyas preocupaciones no se habían disipado del todo.

—¡Ah! —exclamó Garris—. Me olvidaba de un dato. Acude dos veces por semana al “Hunter Athletic Club”. Hace ejercicio físico.

—¿Qué clase de ejercicio? —preguntó rápidamente el joven.

—Algo de *box,* paralelas, anillas, en fin, lo corriente en un hombre que se acerca a la madurez y que no quiere perder la forma. Posee una fuerza física poco común, pese a su aspecto atildado.

Clemens se frotó la mandíbula.

—Eso podría convertirlo en un sospechoso para nosotros, sargento.

—Sí, si tuviera algún motivo, teniente. Pero es el caso que, por ahora, no parece haya tenido relación alguna con las dos chicas asesinadas.

—Bueno, tampoco importa mucho… por ahora también. Quizá ese supuesto motivo esté tan escondido que nos cueste mucho hacerlo aflorar.

—Pudiera ser, señor —convino educadamente el sargento.

—Bien, ¿qué más hay?

—Tengo a cuatro hombres: Mac Doyle, Flanagan, Rubiez y Sandsman trabajando de continuo en el re-interrogatorio de todas las personas relacionadas de algún modo con las dos asesinadas. Van por parejas, pero hasta ahora no han conseguido mejores resultados que los ya obtenidos.

—De acuerdo. Que continúen investigando a fondo —Clemens escribió algo en un papel y se lo entregó al sargento—. Garris, este es un nombre y la dirección correspondiente. Quiero que ponga a un agente a vigilar de continuo a la persona ahí mencionada. Que tome nota de sus menores pasos y de todas las personas con quienes se relacione.

—Sí, señor —en voz alta, Garris leyó—: Laura Cripps, Wanderton Place, 99. Está bien, se lo encomendaré al detective Burglees.

—Muy indicado para el caso —aprobó Clemens.

El sargento se marchó. Al quedarse solo, Clemens encendió un cigarrillo y empezó a lanzar chorritos de humo hacia el techo.

Tienes unas manos muy fuertes…

Quiso estrangularme.

Estaba obsesionado.

Era un ejercicio para diez dedos.

Diez dedos.

¿Los de Dinorah Slavik?

* * *

Aquella noche había niebla otra vez.

Escondido en un portal próximo Rupert Clemens espiaba el amarillento rectángulo de luz que brillaba tenuemente en el tercer piso de la casa frontera.

Dinorah Slavik vivía allí.

Era la cuarta noche que vigilaba sus pasos. Hasta entonces, no había notado el menor gesto sospechoso en la joven. Todo su comportamiento había sido normal.

Servicio en la Jefatura, clases de cultura física a las aspirantes y en el gimnasio en donde trabajaba… y ni un paso en falso.

¿Qué diría la muchacha si supiera que la estaba espiando?

Le dolía hacerlo, pero sabía que era su obligación.

Tenía que actuar de aquella manera, era absolutamente imprescindible, si bien, hasta aquel instante, no había comunicado a nadie sus sospechas. Ni tampoco había querido delegar la vigilancia en ninguno de sus subordinados.

La luz se extinguió de repente.

Clemens entendió que Dinorah se había acostado ya. Estuvo a punto de marcharse, pero un oscuro presentimiento le hizo permanecer un rato todavía guarecido bajo la protectora sombra del portal.

Se felicitó de la buena idea que había tenido. Apenas dos minutos después, se abrió la puerta de la casa donde vivía Dinorah.

La joven salió a la calle, enfundada en un abrigo impermeable de entretiempo. Su silueta, pese a la prenda, resultaba inconfundible.

Los nervios de Clemens se pusieron tirantes como cuerdas de violín. ¿A dónde iba ella a tales horas, tan intempestivas?

Los rubios cabellos de Dinorah destellaron vivamente al pasar por debajo de la luz de un farol. A prudente distancia, procurando no ser visto, Clemens la siguió por la acera opuesta.

Dinorah dobló una esquina. Clemens cruzó rápidamente la calle y se apostó en la otra esquina.

Creyó que había visto visiones.

Dinorah había desaparecido.

Se había esfumado por completo.

—¿He soñado? —se preguntó apagadamente.

Caminó muy aprisa por la acera contraria a la que Dinorah debía haber seguido. Miró en todas direcciones, tratando de hallar un rastro de la joven.

Era inútil.

No se veía a Dinorah por ninguna parte.

Al cabo de un rato de ir venir en todos los sentidos, se decidió a meterse en una farmacia, que tenía un bar en el mismo local. Se acercó al mostrador y se puso a rumiar su fracaso delante de una taza de café.

CAPÍTULO VII

La muchacha era muy bonita y agraciada. Se despidió de su acompañante con un beso lleno de afecto y luego entró en el portal de su casa, encaminándose directamente al ascensor.

La muchacha vivía en uno de los edificios recientemente construidos en Davison County, inaugurado hacía poco tiempo. Era un edificio suntuoso, de suelos de mármol espejeante y paneles laterales en los muros del amplio vestíbulo, de ricas maderas que daban al interior un tono de buen gusto difícilmente superable. Un friso de pintura moderna corría a todo lo largo de las paredes de la entrada, compuesto por una serie de figuras muy estilizadas, con un gran sentido del ritmo y de la forma. El conjunto resultaba, por tanto, sumamente agradable.

Myra Roberts abandonó el ascensor en la última planta. Mientras caminaba a lo largo del corredor, sacó la llave de su apartamento, situado varias puertas más allá. Sentíase sumamente satisfecha; estaba sinceramente enamorada y pensaba casarse con su prometido dentro de muy poco.

Abrió la puerta del apartamento y penetró en su interior. Su mano buscó la lleva de la luz. En el mismo instante, percibió a sus espaldas el susurrante jadeo de una respiración muy próxima.

Un repentino terror invadió el ánimo de Myra Roberts. El recuerdo de las dos muchachas estranguladas acudió instantáneamente a su imaginación. Loca de espanto, abrió los labios para exhalar un grito de socorro.

En el mismo momento, un cordón de seda le ciñó la garganta, estrechándosela brutalmente antes de que pudiera lanzar el grito. El dogal apretó con fuerza irresistible, salvaje. Myra Roberts soltó el bolso y levantó ambas manos, luchando con todas sus fuerzas por desasirse de aquella fatal presión que la impedía respirar.

Sus uñas arañaron una piel muy suave, de las manos de su asesino. Movió las piernas frenéticamente, mientras la oscuridad que reinaba en torno suyo adquiría un siniestro tinte rojizo. De pronto, la luz se hizo negra nuevamente.

El asesino mantuvo la presión del lazo hasta que hubo pasado un buen rato. Al fin, depositó suavemente el cadáver en tierra. Puso la mano en el pecho de Myra Roberts; al no haber sido lesionado directamente el corazón, podía continuar latiendo a veces hasta un

cuarto de hora. Pero ya se había parado.

El asesino se arrodilló al lado de su víctima. Como la vez anterior, sacó del bolsillo una linterna y una navajita. Alumbró con la primera el contorsionado rostro de Myra Roberts. Con la punta de la navaja trazó en su mejilla una cifra: el número tres.

Hecho esto, volvió a guardar en su bolsillo ambos objetos. Abrió la puerta y salió. Pero en lugar de dirigirse al ascensor, descendió por la escalera.

A mitad de camino se tropezó con una mujer que salía del ascensor. La mujer tenía unos treinta y cinco años y no era fea del todo, pero el alcohol la hacía parecer mucho más vieja. La pintura de los labios se había corrido por un ángulo de los mismos, proporcionándole todo el aspecto de una máscara grotesca.

La mujer se tambaleó al recibir el golpe motivado por el choque contra el asesino. Hubiera caído al suelo, de no apoyarse con una mano en la pared.

—Eh, oiga —protestó—. ¿No… no podía tener usted un poco más de respeto para… para las damas?

El asesino no le hizo el menor caso. Llegó de un salto al siguiente tramo de escalera y continuó su descenso, a toda velocidad, salvando los peldaños de dos en dos.

Al llegar al vestíbulo, viendo que estaba desierto, lo cruzó a toda velocidad. Cuando ya llegaba a la puerta, el conserje nocturno salió de su habitáculo y lo divisó de espaldas.

El conserje frunció el ceño. La forma de correr de aquel individuo enteramente vestido de negro, era muy sospechosa. Alargó la mano en un fútil intento por detenerlo, pero antes de que pudiera emitir una llamada de atención, el asesino salió al exterior y se perdió en la niebla.

* * *

El timbre del teléfono repiqueteó insistentemente. Su sonido fue penetrando poco a poco en el embotado cerebro de Rupert Clemens, arrancándolo al profundo sueño en que había caído.

Alargó la mano, y buscó a tientas el aparato, llevándoselo al oído. Abrió un ojo y miró a través de la ventana, dándose cuenta de que era todavía de noche.

—Teniente Clemens —dijo trabajosamente.

—¡Gracias a Dios que contesta! —exclamó una voz ansiosa al otro lado, del teléfono—. Teniente, soy Garris. Vístase, pronto, por favor. Se ha cometido un nuevo asesinato. La víctima tiene grabado

el número tres en la mejilla izquierda. Un coche de la policía se dirige ahora mismo a su casa para traerle al lugar del crimen.

El joven se quedó helado al escuchar las palabras del sargento. Quiso decir algo, formular alguna pregunta, pero antes de que pudiera hacerlo, Garris cortó la comunicación.

Clemens reaccionó con gran rapidez. Encendió la luz, tiró las sábanas a un lado y empezó a vestirse.

¡Otro asesinato!

¡El número tres!

¿Dinorah?

Cinco minutos más tarde, estaba ya vestido y otro minuto después, se hallaba en la puerta de la casa donde residía. Casi al instante, oyó el alarido de la sirena del coche que Garris había despachado en su busca.

Cuando entró en la escena del crimen, halló ya a los expertos trabajando en sus respectivos cometidos. De vez en cuando, brillaba un relámpago procedente del *flash* del fotógrafo policial.

Garris salió a su encuentro.

—¿Teniente? —su rostro estaba cubierto de sombras.

—Hola, sargento —contestó Clemens en tono grave. A pocos pasos de la puerta yacía el cadáver.

Se arrodilló junto al mismo y contempló con cierta repugnancia las deformadas facciones de lo que había sido una mujer joven y bella. El número, fatídico aparecía grabado en la mejilla. La punta de la navaja había provocado una ligerísima efusión de sangre que no impedía ver con claridad la cifra escrita de modo tan sádico sobre la piel.

Se puso en pie.

—¿Quién, sargento? —preguntó, tratando de recuperarse del golpe sufrido.

Garris sacó una libreta y empezó a recitar sus notas.

—Myra Roberts, veintiséis años, soltera, sin familiares, al parecer, en Davison County. No se le conocía profesión, aunque parece ser que poseía un saneado capital. Buena reputación. Estaba prometida a un tal Herbert Dawson Jones, industrial de la localidad, con el cual pensaba casarse dentro de poco. De trato agradable y correcto, formaba parte de un par de asociaciones de tipo cultural y benéfico. Donante de sangre universal… Suponga sabremos más cosas cuando hagamos una investigación a fondo.

—¿Han avisado al prometido? —preguntó el joven.

—Sí. Despaché un automóvil en su busca —contestó el sargento.

Clemens aprobó con la cabeza.

—¿Quién descubrió el crimen?

—El conserje del edificio. Incluso dice que vio a quién supone pueda ser el asesino.

El joven se volvió rápidamente.

—Eso puede resultar interesante. ¿Dónde está ese hombre?

—Aquí, señor —contestó uno de los policías.

El forense se acercó en aquel momento.

—Teniente, mi primer dictamen es muerte por estrangulación, que causó la asfixia. La autopsia confirmará mis palabras.

—Gracias, doctor.

El médico se marchó. Entonces, Clemens quedó frente al conserje, un sujeto de cuarenta y tantos años, de aspecto temeroso y aprensiva.

—¿Su nombre? —preguntó secamente.

—Elmer Spiller, oficial —contestó el conserje, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua.

—¿Descubrió usted el cadáver?

—Sí, oficial.

—Cuénteme qué pasó. No omita ningún detalle.

—Verá, oficial —contestó el hombre, sin abandonar en ningún momento su tono nervioso e inquieto—, yo había entrado un momento al lavabo de conserjería. Al salir, divisé a un hombre que corría hacia la puerta… Me extrañó la prisa que mostraba y quise llamarle, pero el sujeto salió antes de que pudiera hacerlo.

—¿Le vio usted la cara?

—No, señor; ya estaba de espaldas a mí.

—¿Cómo iba vestido?

—Todo de negro, oficial. Eso lo recuerdo, muy bien. Sombrero, abrigo y ropa negra.

Clemens torció el gesto.

—¿Qué pasó a continuación, señor Spiller?

—Verá, oficial; se me ocurrió que el tipo podía haber hecho algo malo… su actitud no era muy clara que digamos. Entonces… subí a los pisos y empecé a revisar las puertas una por una, comenzando desde el último, para cansarme menos… Quiero decir, que subí en el ascensor hasta el ático y luego descendí por las escaleras, después de haber recorrido cada planta. Entonces, al llegar a la octava, vi una puerta entreabierta. Se me ocurrió asomarme y…

Spiller se estremeció, como si todavía conservase en la mente la memoria de la horrible visión que había contemplado. En aquel momento, se oyó un pequeño revuelo fuera del apartamento.

Sonó una irritada voz femenina.

—¡Déjeme pasar, estúpido! —La mujer increpaba al agente de guardia en la puerta del apartamento—. Tengo algo muy importante que decir al jefe de todos ustedes.

Clemens hizo una seña a Garris. Este salió fuera y volvió segundos después, acompañando a una mujer todavía joven, de ojos acuosos y piel que había perdido ya su tersura juvenil. La mujer estaba envuelta en una bata de dormir, que se le abría con gran frecuencia, demostrando que llevaba muy poca ropa debajo de la misma. El hecho no parecía importarle demasiado.

—Soy el teniente Clemens —dijo el joven—. ¿En qué podemos servirle, señora…?

—Greesham. Nora Greesham, teniente —Clemens arrugó el ceño; el aliento que despedía la mujer olía a alcohol de una manera inequívoca. La mujer sonrió torpemente—. Bueno, teniente, no se enfade conmigo; a fin de cuentas, una es joven todavía y le gusta divertirse con un buen amigo…

—Al grano, al grano —cortó Garris, impaciente.

Nora Greesham le dirigió una mirada iracunda.

—Tenga paciencia, "pies planos". Todo llegará por sus pasos contados—. Luego volvió los ojos hacia el joven—. Como le iba diciendo, estuve de jarana con un buen amigo… Bebimos algunas copas de más, pero, sin llegar a la borrachera total, comprende… Alegritos nada más, eso es todo. Luego, mi amigo, me trajo hasta casa y me dejó en la entrada. Me metí en el ascensor… vivo en la cuarta planta, ¿sabe, teniente?

Garris ofreció un cigarrillo a su jefe. Nora Greesham le tomó otro sin el menor escrúpulo. Los dos policías hubieron de esperar a que la mujer hubiera encendido su pitillo.

—Bueno —siguió la señora Greesham—, como les iba diciendo, tomé el ascensor y subí a mí piso. Al salir al corredor, me topé con un individuo… Parecía tener mucha prisa, porque me pegó un empujón brutal y ni siquiera pidió excusas, el muy salvaje… Luego echó a correr y…

—Por favor, señora Spiller —dijo el joven, interrumpiendo las prolijas explicaciones de la mujer—. ¿Vio usted algo de particular en el hombre que supone el asesino? ¿Le vio el rostro?

—No… es decir, sí… Bueno, hasta cierto punto, porque llevaba el ala del sombrero muy baja y tenía subido el cuello del abrigo… Era un abrigo negro sabe. Como el sombrero y el resto de la ropa incluso los zapatos…

—Está bien. ¿Qué es lo que vio de su cara?

—Nada, oficial.

Clemens sé pasó la mano por los ojos, conteniendo los deseos que sentía de asestar a la mujer un buen puntapié en su carnoso final de espalda.

La señora Spiller continuó:

—Le vi un poco el rostro, pero apenas más que los labios y la nariz… Sin embargo, me extrañó una cosa: era una cara muy blanca, como si se la hubiese pintado con yeso. En cambio, los labios poseían un vivo color rojo…

Clemens se puso rígido. Una cara blanca, unos labios rojos…

—Gracias, señora —dijo, tomándola por un brazo y acompañándola hasta la salida—. Mañana la citaremos a corroborar sus declaraciones en la Jefatura. Ha sido un honor para nosotros conocerla y aceptar su cooperación. Buenas noches, señora Spiller.

Volvió de nuevo al interior de la casa. El cadáver había sido ya cubierto con una sábana, en espera de que llegasen los camilleros de la *morgue*. Los policías continuaban investigando por todos los rincones de la casa, en busca del menor indicio que pudiera conducirles a la captura del asesino.

—Bueno —dijo Garris, cuando el joven hubo regresado, a su lado—, al menos, tenemos a dos personas que han visto al asesino.

—A una persona enteramente vestida de negro —rectificó el joven—. Y no es seguro que se trate del asesino.

—¿Algún visitante nocturno de una dama solitaria que no quiere ser reconocido? —apuntó Garris.

—Quizá —dijo Clemens elusivamente. Y se metió en el interior del apartamento, echando una ojeada a todo lo que le salía al paso.

Myra Roberts había sido mujer acaudalada. Como las dos muertes precedentes. La lujosa decoración del apartamento así lo indicaba. Clemens pensó que con quinientos dólares no se pagaba el alquiler mensual.

Entró en el dormitorio de la muerta, una pieza amueblada con carísima sencillez. En una de las paredes divisó una gran fotografía enmarcada.

Se acercó a la fotografía, conteniendo el aliento.

Había representado allí un numeroso grupo de muchachas, todas de una edad comprendida entre los dieciocho y veinte años, de pie sobre el césped de un parque muy bien cuidado. Al otro lado del grupo se divisaban los tejados de un vasto edificio de factura clásica.

Sin tener pruebas todavía, Clemens supo que se hallaba ante un grupo de alumnas de “Malvern Courts”. Las pruebas vinieron segundos después, cuando, entre las fotografiadas, pudo reconocer a

Melanie Grindley.

Reconoció también a Myra Roberts, pese a lo desfigurado de sus facciones, así como a Marilyn Thaxter y a Rosemarie Van Kays.

Dinorah Slavik figuraba asimismo en el grupo de alumnas de "Malvern Courts".

CAPÍTULO VIII

Oyó ruido, de la puerta que se abría y abandonó la habitación presurosamente, suspendiendo el registro. De todas formas, podía considerarlo como infructuoso: no había encontrado ningún sombrero ni abrigo negros de hombre, ni otras ropas masculinas del mismo color. Si era ella, ¿dónde guardaba aquellas prendas que le servían para disfrazarse?

Se apoyó en la jamba de la puerta, colocándose un cigarrillo entre los labios. Dinorah Slavik estaba vuelta de espaldas a él, despojándose del impermeable, que aparecía brillante por la lluvia. Tremendamente acongojado, Clemens se dijo que, efectivamente, disfrazada de aquel modo, Dinorah podía pasar perfectamente por un hombre.

Pero si las ropas masculinas no estaban en casa, ¿dónde las guardaba, entonces? Cuando la vio salir la noche anterior, vestía el mismo impermeable. Luego había desaparecido… ¿en qué lugar había cambiado la indumentaria?

Dinorah levantó las manos para ahuecarse el cabello. Al hacerlo, sus senos, jóvenes y rotundos, se proyectaron contra la tela del vestido con turgentes prominencias. Luego se volvió y entonces vio al joven.

—¡Rup! —exclamó, llena de sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo y decidí esperarte, sabiendo, que no tardarías mucho en terminar tu clase en el “Woman Athletic Club”.

Dinorah se acercó al pequeño bar que había en un rincón del vestíbulo.

—Podías haberme esperado a la salida —dijo, en tono enojado —. No me gustan las visitas de hombres solteros en mi apartamento —. Empezó a preparar dos copas, mientras que Clemens la contemplaba críticamente.

—No temas —expresó—; tu virtud está a salvo. Mi visita es, amistad aparte, casi profesional.

—No me refería a mí virtud —contestó ella, lanzándole una mirada por encima del hombro—. Cuando una mujer quiere ceder, cede con un soplo. Y cuando se quiere defender, aunque se esté muriendo, no hay quien la atropelle.

Terminó de llenar las copas y caminó hacia él, con paso lleno de felina gracia, a la vez que sonreía hechiceramente.

—De todas formas, me halaga tu visita.

—¿Solo te halaga? —preguntó él, tomando un sorbo.

—Es profesional, ¿no?

—Sí, pero en otro caso, supongo que te agradaría en lugar de, simplemente, halagarte.

—En otro, caso —dijo ella, con ojos centelleantes—, me desagradaría profundamente. En este apartamento solo entrarás, no profesionalmente, cuando seas mi esposo.

—El piso es pequeño, así que nos buscaremos otro mayor —terriblemente conturbado, a pesar de su sonrisa, Clemens empezó a considerar aquella posibilidad como un sueño irrealizable—. Pero hablemos de lo que me ha traído aquí.

—Ciertamente. Hablemos, pues —Dinorah se fue hacia un diván, en el cual se sentó cómodamente, escondiendo las piernas bajo el cuerpo, felino y sinuoso—. Acércate, Rup.

Clemens se sentó en una silla frente a ella. Dejó la copa sobre una mesita cercana, al alcance de la mano.

—Myra Roberts ha muerto esta noche. Estrangulada y con el número tres en la mejilla izquierda —dijo.

—He leído los periódicos. Queman los dedos, solo con tocarlos —contestó la joven.

—¿Qué opinión te has formado tú del caso, Dinorah?

—Ninguna, salvo el acto de venganza de algún maniático.

—Hay una fotografía en el dormitorio de Myra Roberts. Tú figuras en ella, así como Melanie Grindley, Laura Cripps y las dos muchachas que murieron antes que Myra Roberts.

—Lo sé. Yo también tengo esa fotografía en mi casa. Dos semanas después de impresionada la placa, abandoné “Malvern Courts”.

Hubo una pausa de silencio, mientras el joven encendía un nuevo cigarrillo.

—Ayer estuve hablando con Laura Cripps.

—¿Y…? —preguntó Dinorah.

—Me contó algo referente a una violentísima discusión que sostuvisteis, en el colegio.

El pecho de la joven se dilató repentinamente. Sus pupilas despidieron un destello de cólera.

—Sí, es cierto. Nos peleamos.

—¿Por qué?

—Eso es cuenta mía, Rup. Ni aunque pretendas hacerme tu esposa estás en situación de conocer los motivos de la pelea.

Clemens encajó fríamente el golpe.

—Pero sí tienes que decírselo a un investigador oficial, Dinorah.

—¿Por qué? No veo las causas, Rup. Simplemente, se trató de una discusión sin importancia…

—En el transcurso de la cual, tú le echaste las manos al cuello.

Un enervante silencio se abatió de pronto sobre la estancia. El seno de la joven Subía y bajaba rápidamente, abombando con turgentes curvas la tela del vestido.

—Sí, lo admito —dijo al fin.

—Explícate mejor, Dinorah, te lo ruego.

—Me insultó groseramente, tan groseramente, que perdí los estribos… —Dinorah respiraba entrecortadamente—. Además, se lanzó hacia mí con los dedos extendidos. Hubiera sido capaz de arrancarme los ojos con las uñas, si no la detengo… y tuve que hacerlo del único modo posible; colocando mis manos sobre su cuello y pegándole un par de fuertes sacudidas, que la volvieron a una relativa normalidad. ¡Pero jamás pasó por mí mente la idea de matarla!

Las últimas palabras de la joven sonaron con estridente acento. Clemens la contempló fijamente durante algunos instantes. La ofensa debía haber sido muy grande cuando una muchacha como Dinorah, de ordinario tan ponderada y equilibrada, había perdido el dominio de sus nervios. Claro que ello había ocurrido, seis o siete años antes, cuando ella tenía menos de veinte y sus impulsos no estaban tan cohibidos por las actuales circunstancias ambientales.

¿No podía ocurrir que hubiese habido alguna ofensora más, aparte de Laura Cripps? ¿No podía ocurrir que Dinorah hubiera estado rumiando su venganza durante años enteros, hasta que creyó llegado el momento de ponerla en ejecución?

—No he tratado de acusarte de un delito tan grave —dijo al fin —. Pero me extraña.

—Tú hubieras hecho lo mismo en un caso análogo —le desafió ella.

—Quizá. ¿A dónde ibas anoche a las once y media?

Clemens hizo la pregunta súbitamente, atacando sin previo aviso, con objeto de sorprender las defensas de la joven. Dinorah respingó de tal modo que sacó las piernas de debajo del cuerpo y se sentó normalmente en el diván, rígida, con los senos proyectados hacia adelante, contemplándole con pupilas llameantes.

—Estuviste espiándome, Rupert Clemens —dijo, con voz estrangulada por la cólera.

—Sí —admitió él, sin rodeos.

—¿Por qué? ¡Oh, Dios mío! —se horrorizó la muchacha—. Laura

Cripps te contó… que le había echado mano al cuello… y tú pensaste que yo… que yo…

De repente se puso en pie. Todo su cuerpo era un puro temblor de excitación.

—Sal inmediatamente de mi casa, Rup. Sal y no vuelvas jamás a poner los pies en ella, ¿me has oído?

El joven se incorporó lentamente.

—Saldré, aunque no será sin que me hayas dicho antes a dónde ibas anoche a las once y media. Es desagradable tener que hablar de este modo, pero el asesinato de Myra Roberts se cometió apenas tres cuartos de hora más tarde.

—Así que piensas que yo fui la asesina.

—No pienso nada —eludió él una respuesta concreta—. Solo quiera saber…

—Sí, ya lo sé, ya me los has dicho —Dinorah extendió de pronto sus brazos, abriendo los dedos al mismo tiempo—. Tengo unas manos muy fuertes, ¿no es cierta? Una vez me dijiste también que eran suaves y delicadas para acariciar, pero ahora piensas que sostuvieron el cordón estrangulador, Rup.

—Espero tu respuesta, no tus comentarios a los que yo pueda pensar, Dinorah —manifestó él, impasible.

—Pues bien, te lo diré, pero abandonarás esta casa, apenas te la haya dicho. Salí a la farmacia de la esquina porque tenía algo de jaqueca y no disponía de una sola aspirina. Compré un tubo y regresé a casa en el acto. Tomé dos tabletas y me acosté. Eso es todo —concluyó ella, con desprecio.

—Todo no. ¿Por qué estabas levantada a una hora tan tardía? Tú eres una mujer que cuida mucho su forma física y el trasnochar no es el modo más adecuado para conseguirlo.

—Estuve leyendo, precisamente para ver si se me pasaba la jaqueca. En vista de ello, no me quedó otro remedio que salir.

Clemens reflexionó unos momentos. ¿Le estaba diciendo la verdad?

Trató de ubicar mentalmente la posición de la farmacia, precisamente, la misma en donde él se había metido a tomar una taza de café. Sí, estaba justo a la vuelta de la esquina, siguiendo la misma acera por la cual había caminado Dinorah.

Él la seguía por la acera opuesta. Pasó al otro lado y Dinorah ya no se veía. Pero en lugar de mirar hacia la farmacia, siguió adelante, hasta terminar la manzana y paseó la vista en todas direcciones, al llegar a la encrucijada siguiente. Luego volvió a la farmacia… pero el acto, de comprar un simple tubo de aspirinas fue

algo rápido. Si hubiese mirado al interior del local desde la acera opuesta… tal vez habría visto a la joven comprando el analgésico… pero estaba obsesionado, obcecado por la idea de que Dinorah tenía que seguir su camino, calle adelante y no se le ocurrió siguiera volver la cabeza a un lado.

Era posible que Dinorah dijese la verdad.

A pesar de todo…

Tengo unas manos muy fuertes…

Quiso estrangularme…

La voz de Dinorah, fría, cortante, atajó sus poco, consoladoras reflexiones.

Sal, Rup.

Clemens se dirigió hacia la puerta.

—Siento haberte dado este disgusto.

—En cambio, yo me alegro de ello. Así he podido, saber a tiempo la clase de hombre que eres —manifestó ella en tono glacial.

Abrumado, sintiéndose el más infeliz de los hombres, Clemens agachó la cabeza y abandonó el apartamento.

CAPÍTULO IX

Laura Cripps vestía una blusa negra, muy escotada, sin botones, anudada justamente en el centro de sus senos menudos y erguidos. Entre la blusa y el borde superior de los ajustados pantalones rojos que completaban su indumentaria, había un espacio de carne blanca y mórbida al descubierto. Sus verdosas pupilas brillaron con un fulgor especial al reconocer a Clemens.

—¡Pero, si es mi buen amigo, el invicto teniente Clemens! —dijo, de magnífico buen humor—. Pase, querido, pase.

Clemens cruzó el umbral. Ella se volvió y le miró picarescamente por encima del hombro.

—Venga conmigo, buen mozo.

Echó a andar, moviendo exageradamente las pomposas caderas, con balanceo hábilmente calculado, que fascinó por unos momentos al joven. Siguiéndola llegó a una habitación decorada con un estilo rabiosamente futurista, pero no por ello menos original, en uno de cuyos ángulos se veía un mostrador suspendido del techo por cuatro brillantes cables de metal.

Laura Cripps pasó detrás del mostrador.

—Hermano, no me venga con el cuento de “No bebo, estando de servicio”. En mi casa, todo el mundo bebe, ¿estamos?

Clemens sonrió.

—Está bien. *Scotch* con agua.

—O. K buen mozo —Laura le dirigió una mirada apreciativa—. Vaya par de hombros. A tu lado —le tuteó bruscamente—, me siento una pigmea.

—No exageres, Laura. Además, la estatura, a veces, es lo de menos, sobre todo cuando está completada por otros detalles ornamentales.

Ella rio argentinamente enseñando la garganta con toda deliberación. Terminó de preparar las bebidas y entregó al joven un *high-ball.* Levantó el suyo.

—*Sköl!* —pronunció la forma nórdica del brindis.

—*Sköl!* —contestó él. Chasqueó la lengua—. Excelente, Laura.

Ella apoyó los codos en el mostrador suspendido, lanzando el busto hacia adelante.

—Vamos, empieza ya con tu tercer grado, buen mozo.

—Myra Roberts ha muerto estrangulado.

La sonrisa se borró en el acto de los labios de Laura.

—Lo he leído en los periódicos —admitió.

—¿La conocías?

—Sí.

—¿Conocías también a algún posible amigo suyo?

Los ojos de Laura despidieron un rápido relámpago.

—Sí.

—¿Quién?

—Dinorah Slavik.

Clemens hizo un esfuerzo por dominarse y mantener la faz impasible.

—¿También se pelearon?

—Sí.

—¿Intentó igualmente estrangularla?

—No, pero le dio una buena tunda.

—¿Cuáles fueron los motivos de la pelea?

—¿Es necesario que los diga?

—Si no te lo pregunto yo, te lo preguntará alguien con más autoridad que la mía… delante de un juez y de un jurado. Entonces, no podrás negarte a responder, porque habrás jurado decir la verdad.

—A pesar de todo… aprecio mucho a Dinorah. Tuvo mala suerte.

—¿Por qué?

—Su padre se arruinó.

—Ese no es motivo para una pelea.

Laura despachó su bebida de un trago. Volvió a servirse más escocés.

—Le dijimos unas cosas que, ahora lo reconozco, no estaban bien. Pero tanto Myra como yo teníamos seis o siete años menos… los dieciocho años no predisponen a usar de la ecuanimidad.

—Entiendo. Cosas de muchachas… pero, ¿qué le dijisteis?

—Nos enteramos de que no había conocido a sus padres. Alguien extendió la noticia por “Malvern Courts”, no, sé quién, esto es auténtico, buen mozo —el hermoso rostro de Laura Cripps se ensombreció de pronto—. La envidiábamos. Era alta, fuerte, hermosa como una diosa pagana… vencía en todas las competiciones, se llevaba a todos los muchachos en las fiestas… Cosas de chicas, compréndelo.

—Sí, continúa.

Laura bebió nuevamente. Luego, destapó una caja de cigarrillos y se puso uno entre los labios con gesto nervioso.

—Las discusiones comenzaron por simples tonterías, nervios de muchachas, imagínatelo fácilmente. Se agriaron. Yo… yo la llamé bastarda… Además, su padre adoptivo era hebreo… Se lo dije también… Perdió los estribos…

Clemens encendió otro cigarrillo.

—Comprendo. Y Myra Roberts le diría algo por el estilo.

—Sí. A mí, quiso estrangularme, ya te lo he dicho. Y a Myrna le propinó unos cuantos buenos golpes.

—¿No fue castigada por la directora de “Malvern Courts”?

—No Eran cosas que no trascendían. Las mantuvimos ocultas, como otras muchas.

Clemens movió la cabeza afirmativamente.

—¿Crees que os ha podido conservar el resentimiento desde entonces?

—Y yo qué «sé» —dijo Laura, encogiéndose de hombros—. Hay tres alumnas muertas de “Malvern Courts”, ¿no es cierto?

—Pero Dinorah no conocía a Marilyn Thaxter. Esta ingresó en “Malvern Courts después de su marcha. ¿Por qué iba a asesinarla? ¿Y a Rosemarie Van Kays? Al parecer, no se peleó con esta.

—No lo sé —dijo Laura desabridamente—. Te cuento lo que pasó y conozco personalmente. Pero nada más, porque ignoro el resto. ¿Piensas acusarla de asesinato?

—Carezco de pruebas todavía. No obstante, si las hallo, lo haré sin duda alguna. Mientras tanto, dime, ¿qué más ex alumnas de “Malvern Courts”, pertenecientes a la época en que Dinorah estuvo allí viven hoy en esta ciudad?

Laura reflexionó unos momentos.

—Susan Apllegate, Red Hill Square, 615…

Clemens anotó el nombre y dirección en su agenda.

—Lana O’Shea, calle Stockton, 12… —continuó Laura. Esforzó un poco su memoria y agregó un tercer nombre—: Stella Warwick, calle Kent, 600… Esas son todas las alumnas de nuestra época que recuerdo por el momento, buen mozo.

—Gracias, Laura. —Clemens guardó la libreta—. Iré a verlas; quizá ellas me indiquen otros nombres.

Laura plegó los labios un momento.

—Teniente, ¿qué diablos se propone esa estranguladora? ¿Liquidarnos a todas? Tienes que hacer algo para protegernos, demonios; no me gustaría encontrarme de repente con un lazo en torno a la garganta. Esa Dinorah…

—No está probado aún que sea ella, Laura —corrigió el joven suavemente.

—Pues si no es ella, no sé quién otra puede ser.

—¿Y por qué no ha de ser un hombre? Tengo dos testigos que vieron al asesino cuando escapaba, después de matar a Myra Roberts. Dijeron que era un hombre.

Laura se quedó cortada.

—De todas formas —dijo apresuradamente—, el asunto se pone feo y no me gusta, teniente.

Clemens la tomó por un brazo y la hizo salir de detrás del mostrador, conduciéndola hasta una ventana próxima.

—Mira a la calle. Fíjate en aquel sujeto que está leyendo el periódico, recostado en un farol.

—Sí, lo veo.

—Es un agente. Habrá uno continuamente vigilando tu casa. Ya he apostado otro en la de Melanie Grindley.

—¡Melanie! —El rostro de Laura se crispó repentinamente—. ¡Pobre chica!

—Sí, es una verdadera mala suerte la suya —convino Clemens. Y añadió—: Ahora ordenaré que vigilen también los domicilios de esas tres ex alumnas.

—Una buena idea, teniente —Laura sonrió de pronto y se volvió hacia él—. ¿Te marchas ya?

—Tengo trabajo —se excusó el joven.

—¿No puedes quedarte… ni siquiera diez minutos? —exclamó Laura, acercándosele incitantemente.

—Me gustaría mucho, pero…

Los desnudos brazos de la joven se enroscaron de repente en su cuello. Su voz se tomó de pronto susurrante, persuasiva.

—¿Solo diez minutos?

Los ojos de Laura ardían. Durante unos momentos.

Clemens se dejó vencer por el magnetismo que exhalaba aquel cuerpo menudo y bien formado. Bajó la cabeza, sintiendo en su boca la pulpesca voracidad de los labios de la joven, mientras las uñas de sus manos se clavaban en su nuca.

Pero no se quedó, como ella esperaba.

* * *

Al salir, cambió una mirada de inteligencia con e agente de vigilancia. Caminó calle abajo. Un rayo de sol se esforzaba por abrirse paso, tímidamente entre los espesos celajes que cubrían la ciudad.

Compró los periódicos en el primer quiosco que encontró al

paso. Leyó los gruesos titulares, las acerbas críticas de los periodistas, las disparatadas suposiciones del articulista; la comparación del estrangulador con un *thug,* uno de los antiguos fanáticos de la famosa secta hindú, servidores de la diosa Kali, de múltiples brazos, que exigía constantes sacrificios humanos… Solo uno se aproximaba a la verdad, preguntándose si el haber estudiado en "Malvern Courts" entrañaba algún maleficio particular. De todas formas, la policía de Davison County no salía muy bien parada.

Visitó a las tres jóvenes que le había señalado Laura Cripps. Dos de ellas estaban ya casadas y tenían hijos. Su alarma fue comprensible, a pesar de las razones que alegó para tranquilizarlas. Una de ellas, Lana O'Shea, le indicó dos ex alumnas más, a las cuales hubo de visitar también.

Al terminar el día, conocía a cinco antiguas estudiantes más de "Malvern Courts". Sin embargo, solo dos de ellas, de las recién conocidas, podían hablarle de Dinorah Slavik; las restantes habían ingresado en el colegio después de la marcha de Dinorah.

Las que conocían a Dinorah manifestaron saber sus antecedentes familiares. Eran precisamente las casadas y dijeron que, para ellas, tal circunstancia carecía de importancia alguna y que, si bien conocían las dos peleas que Dinorah había sostenido con Laura y Myra Roberts, no creían que fuese motivo alguno para continuar manteniendo un rencor al cabo de seis o siete años. En todo caso, agregaron ambas, con parecidas palabras, a pesar de que los interrogatorios tuvieron lugar por separado, tanto Laura como Myra se tenían muy bien merecida la respuesta que les había dado Dinorah. El anuncio de que tendrían un agente guardándolas pareció aliviarlas notablemente de sus preocupaciones.

Cansado y con los pies hirviendo, Clemens se retiró a su casa. Tomó un reconfortante baño caliente y a los pocos minutos dormía como un bendito.

CAPÍTULO X

El tiempo había despejado inesperadamente y en lo alto lucía un sol radiante. Después de tocar el timbre, Clemens esperó unos momentos.

Louise, la doncella de Melanie Grindley, salió a recibirle. El joven anunció su propósito de visitar a la ocupante del ático.

Mientras ella pasaba al interior, Clemens la contempló con gesto pensativo. Se dio cuenta de que era una mujer fuerte, robusta, de apariencia casi hombruna. Cierto, Melanie necesitaba de una mujer fuerte que la trasladase del lecho a la silla de ruedas y viceversa, aparte de otras cosas que la pobre inválida no podía hacer por sí misma.

Louise volvió momentos después.

—La señorita Melanie le está esperando.

—Gracias.

Pasó al estudio de la inválida. Melanie estaba sentada ahora en su sillón de ruedas y le sonreía agradablemente.

—Entre, Rup —saludó con todo afectuoso—. Me alegra mucho recibirle, aunque ya sé que su visita es oficial.

—Mitad y mitad —contestó él, sonriendo también. Estrechó su mano, cálida y delicada—. ¿Cómo se encuentra?

—Distrayendo mis ocios —respondió Melanie, enseñándole sorprendentemente una pequeña raqueta—. A veces, hasta la lectura me aburre, Rup.

Clemens enarcó las cejas.

—No entiendo, Melanie.

Ella se echó a reír. Movió la mano derecha y tiró de un cordón de goma que tenía atado a uno de los brazos del sillón. En el otro extremo del cordón había una pelota del tamaño de las usadas en el tenis.

—Golpeo la pelota con la raqueta —explicó ella— y el cordón de goma la hace retroceder de nuevo. Una forma de distraerse como otra cualquiera.

—Desde luego— convino él.

—Pero, siéntese, por favor —dijo la inválida. Le miró profundamente durante unos segundos—. Me imagino que quiere hablarme de Myra Roberts.

—Sí, Melanie.

La inválida volvió la vista hacia la ventana.

—Una magnífica muchacha —dijo apesadumbradamente—. El que la mató debería morir mil veces.

—¿La conocía usted mucho, Melanie?

—Éramos compañeras de cuarto. Dormíamos tres en cada habitación en el colegio.

—¿Quién era la tercera?

—Lana O'Shea.

—¿Con cuál de las dos la unía una amistad más fuerte?

—Con Myra, desde luego. Lana era una muchacha un tanto retraída. Myra era más expansiva y alegre. Como yo, hasta que…

La voz de la inválida se cortó de pronto. Sus ojos dirigieron al joven una mirada lastimera.

—Excúseme, Melanie —rogó él—. Mi oficio, ¿comprende?

Ella movió la cabeza, a la vez que sonreía afectuosamente.

—No me haga demasiado caso, Rup. Pero la muerte de la pobre Myra me ha causado una gran pena.

—Entiendo.

Sobrevino un corto espacio de silencio. Melanie alargó de pronto el brazo izquierdo y tiró de un cordón que tenía al alcance de la mano.

—Temo que soy una calamidad como anfitriona, Rup —se excusó. Y cuando la doncella hubo acudido a la llamada, le ordenó—: Prepárenos un poco de café, Louise.

—Sí, señorita.

Louise volvió poco después, empujando un carrito con ruedas. La misma Melanie se encargó de servir la bebida, ordenando a Louise que se retirara.

Durante unos momentos, la conversación derivó por cauces banales. Luego, insensiblemente, volvió al tema que obsesionaba a ambos.

—¿Le importaría que le hiciese algunas preguntas respecto al tiempo de su estancia en “Malvern Courts”, Melanie?

—En absoluto, Rup —contestó ella, mirándole abiertamente—. Pregunte lo que le apetezca.

—Dígame cuál es su impresión personal sobre Dinorah Slavik, Melanie.

La inválida pareció reflexionar durante algunos instantes.

—Era una muchacha magnífica, Rup. Amiga de todas y de todos, y querida por todas nosotras… y no digamos admirada, porque siempre vencía en todas las competiciones deportivas. Quizá no fuese tan buena estudiante como el promedio, pero su buena

puntuación en deportes la ayudaba muchísimo.

—Y luego, de pronto, su padre se arruinó.

—Sí.

Melanie perdió la sonrisa.

—Siga, por favor —rogó Clemens.

—Nos enteremos, no sé cómo, que no había conocido a sus padres. Algunas la molestaron por eso; había chicas de corazón despiadado.

—Laura Cripps y Myra Roberts.

—Sí. Y otras también.

—¿Cuáles?

—Lana O'Shea, que yo recuerde.

—Se peleó con las dos primeras. ¿También con Lana O'Shea?

—No sé, no puedo contestarle.

—Al parecer, su padre adoptivo era judío.

—Sí. Eso fue también motivo de pullas y bromas para ella.

—¿Cómo respondía Dinorah a las bromas sobre el particular? Es decir, siempre que no la recordaban su origen espurio y mencionaban solo su adopción por un ciudadano de raza hebrea.

—Ignoraba las alusiones. Pero en aquellas dos ocasiones, Laura Cripps y Myra Roberts rebasaron la medida de lo imaginable…

Los ojos de Melanie se dilataron súbitamente.

—¡Rup! ¿No irá a decirme que… que Dinorah…?

El joven hizo un gesto de pesar.

—No sé qué pensar, la verdad. Tiene motivos de resentimiento contra ellas… pero han pasado ya años y, por otra parte, no conocía a Marilyn Thaxter.

Melanie empezó a jugar nerviosamente con la pelota.

—No puede ser, Rup, no puede ser. Admito que Dinorah perdiera los nervios en aquellas dos ocasiones, pero no puedo creer que haya guardado el rencor durante tanto tiempo… Es incapaz de haber llegado al asesinato, se lo aseguro. Con todas las demás, con las que no mencionamos jamás nada de lo que le había pasado, era muy buena y cariñosa, siempre dispuesta a ayudarnos en todo… Oh, no, no crea tal cosa de Dinorah, Rup, se lo suplico.

—Soy un policía y he de ajustarme a los hechos y las circunstancias que los motivan Melanie —contestó él gravemente.

—¿Piensa acusarla de homicidio?

—No, porque aún no estoy seguro de que sea ella y, además, carezco de pruebas.

—Pero es absolutamente imposible, Rup, imposible, repito.

—Melanie —dijo él lentamente—, se sorprendería usted de la

cantidad de mujeres hermosas, con rostro de ángel, que han cometido crímenes horripilantes. En casos como este, no siempre la cara es el espejo del alma.

Melanie pareció hundirse en el sillón. Por unos momentos, permaneció completamente silenciosa.

—Sería terrible, terrible —musitó.

—Eso mismo pienso yo. Lo que más me desconcierta es, sin embargo, que manifestara no conocer a Marilyn Thaxter. Ingresó en el colegio después de la marcha de Dinorah.

—Es cierto —exclamó Melanie—. No se conocieron, puedo jurarlo.

—Pero, ¿y el número, marcado a punta de navaja en las mejillas de sus víctimas? Parece significar un número de orden; primero Rosemarie Van Kays, después Marilyn Thaxter, siguió Myra Roberts… ¿Quién será la cuarta, Melanie?

El silencio gravitó sobre la estancia.

—El asesino, hombre o mujer —declaró la inválida—, parece tener intenciones de cometer más crímenes.

—Lo sé, Melanie. Y por eso he puesto una severa vigilancia en las casas de cada una de las ex alumnas de “Malvern Courts” que estuvieron en el colegio en aquella época. Usted —sonrió—, también está vigilada.

Melanie sonrió.

—Se lo agradezco mucho, Rup —luego volvió la vista hacia la ventana—. ¡Qué día tan espléndido hace hoy! —comentó, tras una corta pausa.

Clemens concibió una idea de repente.

—¿Cómo es que Raymond Farnell no ha venido hoy a sacarla de paseo?

—Tiene trabajo, Rup, y no puede estar siempre atento a mis conveniencias.

—Bien, entonces, ¿por qué no acepta mis servicios? El Clarendon Park está precioso en esta época del año y la distancia desde aquí no es excesiva.

Melanie le dirigió una mirada llena de simpatía.

—¿Lo dice de veras, Rup? ¿No le causaré ninguna extorsión si acepto?

—En absoluto, Melanie. Si fuera así, no le habría formulado, la oferta. ¿Vamos?

Una mirada de gratitud apareció de repente en los ojos de la inválida.

—No son muchos los hombres jóvenes que harían una cosa

semejante por una pobre inútil —dijo con voz emocionada.

—No se preocupe de los demás, sino de mí, Melanie. ¿Empujo ya el sillón?

—Oh, no, no —rio ella nerviosamente. Era evidente que el ofrecimiento del joven la había aturdido y halagado a un tiempo—. Tiene que dejar que me arregle un poco. No puedo salir a la calle, así con estas greñas… parezco una bruja…

—Una bruja encantadora, en todo caso —alabó él—. De veras, Melanie, la veo guapísima tal como está.

—De todas formas, permitirá que me arregle un poco… Mejor dicho, Louise me ayudará. Me pondré otro vestido y… —mientras hablaba, había desanudado el cordón de la pelota, que arrojó a un lado. Luego, con las manos, movió las ruedas en dirección a la salida—. Procuraré ser breve, Rup, se lo aseguro.

—Dispongo de todo el tiempo que precise, Melanie —contestó él galantemente.

Melanie regresó veinte minutos después. Se había peinado de un modo que favorecía mucho sus ovaladas facciones, de trazo delicado, y se había cambiado asimismo de ropa, colocándose otra más adecuada para el paseo. Al verla, Clemens la encontró más hermosa, más, incluso, que la propia Dinorah Slavik. “Una terrible desgracia la suya” pensó, mientras empujaba el sillón hacia el ascensor que les llevó a la planta baja.

Melanie se sentía feliz como una chiquilla y reía y charlaba con una alegría como jamás la había visto Clemens. El agente que el joven había colocado para vigilarla, les siguió a discreta distancia.

Pasearon durante largo rato por el parque, hasta cerca ya del atardecer. Con la primera racha de aire fresco, regresaron a la casa.

Melanie le entregó la mano al despedirse.

—He pasado una tarde maravillosa, Rup —aseguró—. Puede creerme si le digo que hacía tiempo que no disfrutaba tanto como hoy.

—Me alegro de ello, Melanie, y le prometo que en cuanto tenga ocasión, vendré de nuevo para dar otro paseo.

—¿Lo dice de veras? —exclamó ella anhelantemente—. ¿O es que trata de ser compasivo con una pobre inútil?

Clemens se inclinó ligeramente hacia ella.

—No puedo remediarlo —dijo—, pero las chicas guapas me enloquecen, Melanie. Y usted es la más guapa de todas cuantas he conocido hasta la fecha.

—Oh, Rup —suspiró ella—. Cruzó las manos sobre el pecho y cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, Clemens vio brillar en

ellos una lágrima—. Gracias, gracias por todo, Rup.

El joven regresó a su casa, sintiendo en su interior una extraña satisfacción. Melanie era una muchacha realmente encantadora, más incluso que Dinorah; claro que los tipos de belleza en ambas eran completamente distintos; pero no por ello dejaba de agradarle mucho conversar con la inválida, hacia la cual sentía una indefinible atracción que no hubiera podido expresar con palabras. Sinceramente, deseó que el asesino —¿Dinorah?— no la causara el menor daño.

Luego sus agradables pensamientos dejaron paso a otros más sombríos.

Tengo unas manos muy fuertes…

Quiso estrangularme…

Pero, ¿por qué había matado a Marilyn Thaxter, si no la conocía?

Una horrible sospecha brotó de repente en su excitada imaginación.

—¿Y si había cometido el asesinato de Marilyn Thaxter solamente por desviar sus sospechas?

“Pero, maldición, si no fuera por ella, que es una posibilidad que hemos de tener en cuenta, ¿quién demonios está empeñado en suprimir a todas las ex alumnas de “Malvern Courts”?”

Cuando entró en su casa no había podido resolver todavía ninguna de las acongojantes incógnitas que se había planteado.

Encendió la luz del vestíbulo y se dispuso a quitarse el abrigo de entretiempo. Entonces vio a Dinorah que le estaba aguardando, sentada tranquilamente en uno de los sillones de la estancia.

CAPÍTULO XI

En medio de un completo silencio, Clemens terminó de quitarse el abrigo, que lanzó sobre una silla. Luego se fue hacia un aparador y preparó dos copas, una de las cuales entregó a la joven.

—Pregunta, Dinorah —expresó lacónicamente.

Ella le dirigió una mirada escrutadora.

—Melanie Grindley es una muchacha muy hermosa, ¿verdad?

—A pesar de su invalidez —reconoció él. Tomó un sorbo de licor y de repente clavó los ojos en su visitante—. ¿Por qué lo dices?

—El Clarendon Park es un lugar agradable para pasear en los días soleados del otoño —manifestó Dinorah intencionadamente—. Y más si se lleva al lado una muchacha llena de atractivos. ¿Sabes cómo llamábamos a Melanie en el colegio? “Belleza”, así, a secas, pero suficiente, ¿no es verdad, Rup?

—De modo que nos has estado espiando —gruñó Clemens descontento.

—Espiar es una palabra muy fea sobre todo, cuando no corresponde a la realidad, querido —Dinorah apuró la bebida y se puso, en pie, alisándose las opulentas caderas con gesto insinuante —. Pasaba por allí casualmente, lo creas o no, pero… Melanie está atada a un sillón de por vida, en tanto que yo… Claro que, aparte de su belleza y para contrarrestar su defecto, está la frondosa cuenta corriente de su Banco, ¿no te parece?

—Dinorah, por favor —cortó él secamente—, no insinúes cosas que solo existen en tu imaginación. No tenía nada que hacer y me brindé a sacar a pasear un poco a Melanie, eso es todo. Me parece que hacer una obra de caridad no es nada reprochable. ¿O sí, según tu particular criterio?

La joven inspiró profundamente, procurando al hacerlo que destacaran las rotundas curvas de su seno.

—Sobre eso, prefiero no hacer ningún comentario, Rup —contestó—. Pero en cambio, te diré que mejor que sacar de paseo a muchachas inválidas, debieras dedicarte a buscar el asesino, cosa mucho más importante, en mi opinión.

Clemens dejó el vaso a un lado.

—No eres tú quien ha de decirme cómo he de encontrar a un asesino, a menos que me lo señales claramente, con todo género de pruebas. Pero tú no harás tal cosa, ¿verdad? —contestó

sarcásticamente.

Los ojos de la muchacha despidieron destellos de cólera.

—Continúas sospechando de mí, Rup. No sé si algún día podré perdonarte una cosa semejante, pero sí te diré que estás absolutamente equivocado. En lugar de mandarme seguir a todos los sitios por tu fiel mastín Garris —¿pensabas que no sabría darme cuenta del detalle, tonto?—, ¿por qué no investigas en otra dirección?

—¿Cuál? —preguntó él.

Dinorah tomó su impermeable. Clemens quiso ayudarla, pero ella le rechazó bruscamente.

—Melanie tiene un admirador. ¿Lo conoces?

—Sí. Raymond Farnell.

—También admira a otras muchachas ricas y con la atractiva patente de haber estudiado en “Malvern Courts”. ¿Sabes que fue asiduo acompañante de Rosemarie Van Kays durante algún tiempo, hasta que ella le dio el pasaporte, porque le caló que solo buscaba su dinero?

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? —preguntó él, bruscamente.

Dinorah soltó una risita irónica.

—También tengo yo mis propios medios de información, querido. No, olvides que, a fin de cuentas, tengo tu misma profesión.

—Ese es el detalle que conviene tener en cuenta.

—Y no olvides tampoco que igualmente salió dos o tres veces con Marilyn Thaxter, una de ellas precisamente la noche en que Marilyn fue asesinada.

—Tengo informes que me hablan de la intachable reputación de Farnell —dijo el joven hoscamente.

—También la mía lo es y, sin embargo, sospechas de mí —exclamó Dinorah vivamente—. Pero el pretender casarse con una mujer rica, joven y hermosa no es cosa que manche la reputación, Rup. Y más, si esa mujer tiene el *sello* de “Malvern Courts”, con lo que el ilustre Raymond Farnell, de conseguir casarse con cualquiera de las chicas que estudiaron allí, habría dado un gran paso para situarse socialmente de una manera definitiva en Davison County. Tú no sabes lo cerrada que es la alta sociedad de esta población, Rup, quizá porque eso no te ha preocupado gran cosa jamás.

—¿Y a ti, sí? —preguntó él, intencionadamente.

—Hubo un tiempo en que sí me preocupó. Ahora… —se encogió ella de hombros—. Desde luego, Farnell no se casaría conmigo.

—Conozco los motivos —dijo él brevemente.

Los ojos de Dinorah llamearon.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Laura Cripps.

Hubo una pausa de silencio. El rostro de la muchacha estaba teñido de carmín, mientras su busto palpitaba con rápidos y violentos movimientos de vaivén.

—No me importa —dijo al cabo—. No tengo nada de qué avergonzarme y, aunque Slavik me recogió y me dio su nombre, fue para mí el padre que no conocí jamás. Y su esposa también fue una madre… Tanto me quisieron, que ni me forzaron a adoptar su religión, sabiendo que yo no era hebrea de raza.

—Tú no tienes la culpa sino de los que hayas podido hacer por ti misma, nunca de lo que otros cometieron tiempo atrás —dijo él sentenciosamente—. En lo que a mí respecta, tu origen me importa un bledo.

—Gracias —contestó ella secamente, dirigiéndose hacia la puerta.

Clemens tomó su brazo, deteniéndola en su avance.

—Dinorah.

—¿Sí, Rup?

—Quiero que sepas una cosa.

—Bien, habla.

—No tomes en cuenta esto que hago. Es mi profesión, ¿sabes?

—Entiendo —replicó ella—. Pero tu oficio te obliga a obrar con discreción y, en lo que a mí respecta, tu actuación ha resultado lamentable… e imperdonable. ¡Adiós!

Al quedarse solo, Clemens encendió un cigarrillo y permaneció largo rato inmóvil, considerando todos los hechos conocidos hasta aquel momento. ¿Era Farnell él asesino?

En tal caso, ¿qué motivos tenía para cometer aquellas muertes?

¿Había asesinado solo porque se negaron a casarse con él? Pero Dinorah no había mencionado más que a dos de las muertas con relación a Farnell, en tanto que se habían cometido tres asesinatos.

Furioso y enojado consigo mismo, se metió en la cama.

Por el momento, era lo único que podía hacer.

* * *

Otra vez subía la niebla desde el río. Guarecido prudentemente bajo la frondosa capa de un tilo, Rupert Clemens observaba con singular paciencia la casa que se alzaba a pocos metros de distancia,

rodeada de un frondoso jardín.

Había un agente en el lado opuesto. Clemens apenas si dormía desde hacía algunas noches, recorriendo constantemente los domicilios de las mujeres amenazadas por el misterioso asesino. Efectuaba discretamente tales recorridos, sin informar siquiera a los agentes que había colocado como precaución, temeroso al mismo tiempo que esperando en cualquier momento sorprender al asesino en un intento de cometer otro de sus crímenes.

Un leve soplo de viento enroscó unos jirones de vapor en torno a unos arbustos, haciéndoles adoptar contornos fantasmagóricos. Clemens bostezó. Empezaba a considerar la conveniencia de trasladarse a otro punto para continuar su ronda.

De pronto creyó ver una sombra que se movía cautelosamente en el jardín. Su sueño desapareció de inmediato, a la vez que sus músculos se ponían tensos.

La sombra avanzó hacia la pequeña valla que rodeaba el jardín y saltó al otro lado. Clemens salió de su escondite y corrió silenciosamente, saltando asimismo la valla.

Apenas había tocado el suelo enarenado, oyó un sordo gemido, seguido de lo que parecía ser un golpe. Trató de atravesar la niebla con la mirada, mientras procuraba orientarse por los ruidos.

Alguien se peleaba a poca distancia. De pronto, una garganta humana dejó escapar un grito de dolor, no muy fuerte sin embargo.

Clemens se lanzó hacia adelante, atropellando las plantas del jardín en su loca carrera. De súbito vio ante él una sombra oscura que se movía torpemente.

Un revólver brilló al instante en su mano.

—¡Quieto! —ordenó perentoriamente—. ¡No se mueva o tiraré a matar!

La sombra se quedó quieta en el acto.

—Está bien, no me moveré, Rup.

Clemens recibió una tremenda sorpresa al reconocer la voz de la persona que le hablaba.

—¡Dinorah! —exclamó, atónito.

Y luego avanzó hacia la joven.

—¿Qué demonio haces tú aquí? —preguntó, de mal talante, sin guardar la pistola.

—Más o menos, lo mismo que tú —respondió Dinorah con desparpajo—. Vigilaba la casa de Lana O’Shea.

—¿Vigilabas? —exclamó él suspicazmente.

—Así es. Y aunque te parezca mentira, llegué a poner las manos en el asesino.

—No me digas —respondió Clemens burlonamente—. ¿Y lo has dejado escapar? ¿Tú, la mujer fuerte, la invencible en toda lid deportiva?

Dinorah pateó el suelo con furia.

—Oh, déjate de pullas —exclamó de mal talante—. Más lo siento yo. Tuve al asesino en mis manos y se me escapó. Venía dispuesto a estrangular a Lana O'Shea, ¿comprendes?

—¿Y cómo supiste que iba a venir aquí precisamente? —Las razones de Dinorah se antojaban al joven un tanto especiosas y carentes de lógica.

—No lo sé exactamente —comentó ella—. Llámalo como quieras, presentimiento, instinto, intuición femenina… pero lo cierto es que tuve al asesino entre mis manos y se me largó.

—Francamente, no acabo de creerlo, Dinorah.

—¿Por qué?

—El otro día me dominaste con toda facilidad. Claro que me hallaste desprevenido, pero el asesino lo estaba, puesto que no sabía que tú le aguardabas. Tienes unas manos muy fuertes, es una frase tuya, recuérdalo.

—Sí, desde luego —convino ella—. Supongo —añadió— que tendrás encima una linterna.

—Claro.

—Entonces, alúmbrame la cara, pedazo de tonto.

Clemens lo hizo así. El rayo de luz incidió sobre el rostro de la joven, la cual parpadeó unos momentos, deslumbrada. Pero su ojo izquierdo empezaba a tomar un color violáceo significativo, a la vez que se hinchaba con rapidez.

—Me arreó un soberbio puñetazo antes de que pudiera hacer nada —dijo ella, descontenta de sí misma—. Esto me colocó en situación de inferioridad. Luego me golpeó el estómago… y ¿qué quieres? hasta el mismo Hércules hubiera vacilado.

Clemens contuvo una sonrisa que estaba a punto de distender sus labios. Bajó el haz de rayos de la linterna y preguntó:

—¿Qué es lo que viste del tipo que te golpeó?

—Nada apenas. Era de mediana estatura y vestía enteramente de negro. Me pareció que tenía los hombros muy anchos.

—¿Farnell?

Dinorah hizo un gesto evasivo.

—No puedo afirmar nada, Rup. Estaba escondida tras un rosal y cuando vi su silueta que se acercaba hacia la casa, me incorporé y le puse la mano en el hombro. Quería obligarle a volverse, a fin de sujetarle con una buena presa… pero el tipo se revolvió con la

velocidad del rayo y me atizó en el ojo antes de que pudiera aprestarme a la defensa. Esto me desconcertó, así que el asesino se aprovechó y volvió a arrearme en el estómago. Después…

—Atizar y arrear son dos expresiones que no te enseñaron precisamente en "Malvern Courts" —dijo él con suave ironía.

—¡Vete a paseo! —exclamó ella—. He tenido al asesino en mis manos y lo he dejado, escapar. ¿Qué puede importar lo demás, tonto?

—Está bien, no te enojes. Aguarda un poco; voy a ver si encuentro por aquí algo, que pueda ofrecernos alguna pista.

Encendió la linterna nuevamente y empezó a buscar por el sendero enarenado. La gravilla era de grano grueso y por ello las huellas de pisadas resultaban borrosas e indescifrables. De pronto, un objeto brilló tenuemente al ser herido por los rayos luminosos de la lámpara.

Clemens se inclinó y recogió el objeto. Era un botón de buen tamaño, que sujetó con dos dedos solamente, a fin de no borrar posibles huellas digitales grabadas en su lisa superficie anterior.

—Es un botón de abrigo de hombre, Rup —dijo Dinorah excitadamente.

—Sí, eso parece —contestó él—. Y tiene algunos hilos adheridos, lo cual significa que fue arrancado violentamente.

—Yo me agarré a su abrigo al caer —manifestó la joven—. Pude darme cuenta que era de paño, muy recio.

Clemens envolvió el botón en un pañuelo.

—Mañana lo enviaré al laboratorio —dijo, guardando el pañuelo a continuación—. Ahora iremos a ver al agente que está de guardia y le diremos lo ocurrido. Pediré un refuerzo para vigilar la casa de Lana O'Shea; después de este incidente, no quiero correr más riesgos.

—Es una buena idea —convino la joven. Lanzó un suspiro—. Tendré que ponerme un filete de carne fresca sobre este ojo o, de lo contrario, mañana estaré impresentable.

Clemens sonrió en la oscuridad; íntimamente, se sentía muy satisfecho; lo que acababa de ocurrir parecía descartar a Dinorah de toda culpabilidad.

No obstante, la mayoría de problemas continuaban subsistiendo, porque si Farnell resultaba ser el asesino, ¿por qué cometía aquellos hechos?

Acompañó a Dinorah hasta su casa, una vez hubo terminado, todo, y luego se retiró a la suya, pensando con delicia y espanto a la vez en las pocas horas que podría permanecer en la cama. Pero, al

parecer, estaba escrito que aquella noche no iba a poder dormir.

En el momento en que entraba en su apartamento, sonó el timbre del teléfono. Clemens corrió hacia el aparato y lo levantó rápidamente.

—Teniente Clemens —dijo.

—Gracias a Dios que le encuentro en casa, teniente —dijo una voz muy excitada al otro lado del hilo—. Por favor, venga pronto… Soy Louise, la doncella de la señorita Melanie…

—¿Qué ocurre? —gritó Clemens convulsivamente, temiendo lo peor.

—Un hombre… entró en la casa cuando dormíamos y quiso estrangular a la señorita Melanie.

CAPÍTULO XII

La casa estaba materialmente invadida por los policías que buscaban huellas por todas partes. Fumando un cigarrillo, Clemens esperó a que el médico terminase de reconocer a la muchacha.

—Está bien —se volvió el forense hacia Clemens—. El asesino apenas tuvo tiempo de apretar el cordón. Algo le alarmó y huyó sin completar su obra destructora. No obstante, es cierto que la señorita Grindley ha sufrido un fuerte choque y le convendría ser breve en su interrogatorio, teniente. Ya he dispuesto que tome un calmante en cuanto usted termine.

—Gracias, doctor —contestó el joven. Cogió una silla y se sentó junto a la inválida, tomando una de sus manos entre las suyas—. ¿Qué tal se encuentra ahora, Melanie?

Ella se esforzó por sonreír. Tenía el rostro blanco como la nieve, aunque procuraba mostrarse valerosa.

—Mejor, gracias, Rup. Pero… ¡fue un susto tan tremendo! Desperté bruscamente y sentí el cordón en mi garganta… No sé cómo pude lanzar un chillido; gracias a ello, acudió Louise y al ruido de sus pasos, el asesino escapó por la ventana…

—¿Pudo verle cara cara, Melanie? Las manos, algo, cualquier detalle, en fin, que sirva para damos una pista.

—Le aseguro que no, Rup… Se colocó detrás de mí…

—¿Cómo es que estaba usted en el sillón de ruedas a tales horas? —inquirió él, muy extrañado.

Melanie esbozó una sonrisa.

—Me gusta quedarme despierta hasta altas horas de la noche, Rup. Entonces, Louise se va a dormir… y yo, a veces, doy una cabezada en este sillón. De todas formas, a la madrugada, Louise se levanta y entonces me traslada a la cama.

Clemens miró hacia el otro lado de la estancia, en donde Garris estaba interrogando a la doncella. Luego se fijó en la garganta de Melanie, en la que se veían aún unas leves señales dejadas por el cordón en el breve contacto que había tenido por la piel de la inválida.

—Entonces, el asesino entró por aquella ventana —señaló con la mano.

—Eso supongo —respondió Melanie—. La puerta del ático, estaba cerrada con doble vuelta de llave y cerrojo… Para una

persona con la salud normal, es relativamente fácil subir los pocos pisos que hay hasta el suelo. Esta casa no tenía ascensor —añadió la joven—, pero yo hice que lo instalaran por mí propia comodidad.

—Entiendo —murmuró Clemens—. Luego examinaré la ventana y el muro. Ahora, dígame una cosa, Melanie. Quiero que me sea absolutamente sincera, ¿comprende? Aunque ello le duela, tiene que contestarme con total franqueza.

—Lo haré, Rup —contestó ella, clavando en él una cándida mirada.

—Raymond Farnell quiere casarse con usted —dijo—. Pero, ¿sabe que también quería casarse con Rosemarie Van Kays y que a Marilyn Thaxter le hizo una proposición análoga?

La boca de la inválida se abrió de repente. Su sorpresa fue tal, que la manta que cubría sus piernas resbaló en un movimiento impensado de sus manos y cayó al suelo.

—Oh, no —exclamó Melanie desalentada.

Clemens se inclinó y recogió el *plaid,* acomodándolo de nuevo sobre las piernas de la joven.

—Desgraciadamente, así es, Melanie.

—Pero, tiene una reputación intachable… Él no es un hombre de esos que se dedican a cazar muchachas con dinero…

—Quizá no lo era, pero ha variado de forma de pensar —dijo el joven firmemente—. Siento darle este disgusto, Melanie; no encuentro manera de evitarlo. Para Farnell —agregó—, casarse con una rica heredera y que ha estado, además, en "Malvern Courts" sería la culminación de su carrera. Entonces adquiriría una posición social que ahora está muy lejos de haber conseguido a pesar del magnífico puesto que tiene en la empresa donde trabaja.

—¡Dios mío! ¿Quiere usted decir, Rup, que Raymond… asesina a las jóvenes que… que le rechazan como esposo? —exclamó Melanie, terriblemente agitada.

Clemens sacudió la cabeza.

—No sé qué pensar, Melanie —dijo—. Aparentemente, el motivo es fútil… quiero decir, lo sería, si solo se tratase de una; pero es que han muerto ya tres; usted ha sido atacada… y antes que usted, esta misma noche, el asesino —no quiero citar todavía a Farnell como a tal—, intentó hacer lo mismo con Lana O'Shea.

Melanie se cubrió los ojos con las manos.

—¡Es horrible! ¡Es horrible! —repitió—. Un hombre tan galante, tan atento y cariñoso… Claro que, a veces, es un poco brusco, pero, ¿qué hombre no tiene sus defectos? —Miró al joven de frente—. ¿Cómo habrá podido cometer crímenes tan horrendos Rup?

—El ser humano es un arcano indescifrable —dijo él sentenciosamente—. Quizá ha adquirido una especie de complejo que le empuja al asesinato de una manera completamente irresistible, superior incluso a sus fuerzas…

Pero solo son sospechas las que tenemos, no pruebas, y la verdad, no me atrevo a practicar una detención sin estar seguro del terreno que piso.

—Lo comprendo —dijo Melanie, sonriendo—. De todas formas, gracias por haber acudida tan pronto a mí llamada.

—Lo habría hecho igual por cualquiera otra persona amenazada… pero mucho más por usted, Melanie —contestó él, mirándola de frente—. Y ahora, para que se anime un poco y aparte de su mente esos pensamientos tan tristes, le diré una cosa que espero le ha de agradar bastante. ¿Sabe que tiene unas piernas maravillosas? ¿Por qué se empeña en tenerlas tapadas?

El rostro de Melanie se nubló. Sin importarle en absoluto la gente que había en las inmediaciones, Clemens tomó su mano.

—No tome esto a mal, como una broma estúpida, Melanie —manifestó—. Lo hago por su propio bien. En cierta ocasión, dije a una muchacha que no podía ver, que tenía los ojos más lindos del mundo. Y era verdad, además. Ella se sintió enormemente satisfecha. ¿Comprende cuál ha sido mi intención al pronunciar aquellas frases?

Los ojos de la joven resplandecieron.

—Ahora sí le entiendo, Rup —contestó—. Perdóneme, porque no supe comprender la intención de sus palabras.

—No, tiene importancia —repuso él—. Ahora, tómese ese calmante y procure dormir. Que Louise se la lleve a la cama inmediatamente.

—Así lo haré, Rup —prometió ella con radiante sonrisa.

* * *

Rupert Clemens se reunió más tarde con su ayudante.

—¿Qué ha sacado usted en limpio, Garris?

El sargento hizo una mueca.

—Esas dos pobres mujeres se han llevado un susto mayúsculo —contestó—. Esta vez, el asesino fracasó.

—Es fácil subir por la fachada posterior —comentó el joven.

—Desde luego. Así debió hacerlo el asesino, pero, por lo visto, no fue tan rápido como con las otras chicas, porque la señorita Grindley tuvo tiempo de gritar.

—¿Lo vio la doncella?

—Sí, pero estaba tan asustada, que no se atrevió a hacerle nada. Por otra parte, Melanie continuaba chillando y tenía que atenderla, compréndalo.

—¿Qué es lo que pudo ver del asesino?

—Pues… era un hombre recio, fornido, no tan alto como usted… y vestido enteramente de negro… Le vio ya de espaldas, cuando se disponía a saltar por la ventana.

—¡Hum! La descripción, más o menos, concuerda con la de Raymond Farnell, sargento.

—Cierto, señor. Y bien pudo ser él, ¿no le parece?

El auto rodaba siseando sobre el asfalto abrillantado por la humedad.

Si pudiéramos encontrar un indicio, un solo indicio que sirviera para la base de una detención preventiva —murmuró Clemens.

—Bueno, al menos podríamos preguntarle qué hizo esta noche —sugirió Garris—. Que justifique el tiempo comprendido entre las once y la hora en que la señorita Grindley fue atacada.

—Es una buena idea; sargento, aunque en estos momentos, yo estoy que me caigo de sueño.

—Si usted quiere —se ofreció Garris—, iré yo a verle. Luego le comunicaré el resultado de mi gestión.

—Está bien, pero hágalo a una hora prudente. No tenemos la menor prueba contra él y levantarlo de la cama a estas horas podría provocar una protesta por su parte, que nos haría quedar en muy mal lugar—. Clemens encendió un cigarrillo y relajó sus músculos, apoyándose sobre el respaldo del asiento del auto—. Me gustaría establecer una relación entre los crímenes —añadió—. Y debe haberla, porque, de lo contrario, no se comprenden, Garris.

—Desde luego, señor —dijo cortésmente el sargento.

—Parece como si existiera un motivo de venganza o de odio contra esas pobres chicas —siguió el joven, como si pensara en voz alta—. Ahora bien, ¿qué motivo es ese? ¿Y quién lo ha concebido? ¿Quién recibió una ofensa lo suficientemente grave como para tratar de vengarse de un modo tan drástico e implacable?

Garris no supo qué contestar.

* * *

No sabía qué hacer ni qué camino seguir. Una y otra vez leyó todos los informes policiales y los resultados de las autopsias, buscando en aquellos papeles algún detalle que hubiera podido

pasársele desapercibido. Vagamente, se fijó en que los empleados del laboratorio, habían encontrado entre las uñas de Marilyn Thaxter un menudo fragmento de piel negra, de guante, pero ya se suponía que el asesino usaría guantes para proteger sus manos. Pensó que Marilyn se habría echado las manos al cuello, en un desesperado intento de soltarse del dogal que la estrangulaba, arañando así las manos enguantadas de su asesino, pero ello no añadía, desgraciadamente, nada nuevo a sus investigaciones.

¿Y el botón que Dinorah había conseguido arrancar del abrigo del asesino?

Si pudiera encontrar el abrigo…

Pero, ¿dónde estaba?

Dinorah entró de pronto en su despacho. Clemens levantó la cabeza y vio que la joven se había puesto unas grandes gafas de color.

—¿Cómo va tu ojo? —preguntó cortésmente.

—Hinchado —contestó ella sin rodeos—. Vaya cara que tienes, Rup.

—He dormido muy poco —se excusó él.

—En estos momentos, casi te pareces a Quasimodo, el jardinero de “Malvern Courts”, cada vez que la directora le reprendía por alguna labor mal hecha.

—¿Qué tengo yo que ver con ese Quasimodo? —refunfuñó él de mal talante—. No me importan los jardineros en absoluto, ¿te enteras? —Y luego, frunciendo el ceño, preguntó—: ¿Tan feo me encuentras?

—Horrible. Tienes barba de dos días, los ojos en el cogote… ¿Nada nuevo?

—Nada, excepto tú presencia aquí. Creí que no querías verme más, Dinorah.

Ella lanzó un gran suspiro que dilató ampliamente su busto generosamente contorneado.

—Las mujeres somos así, Rup —dijo—. ¿Qué tal encontraste a Melanie Grindley?

—Muy asustada, pero bien. El asesino no tuvo tiempo de rematar la obra.

Dinorah apoyó la barbilla en su mano, con gesto pensativo.

—¿Tiene el asesino algún motivo especial para matar a esas chicas? Aparentemente, yo podría haber matado a dos de ellas, pero no a la tercera.

—Aunque sí a Lana O’Shea. También fue de las que te insultó.

—No seas tonto —dijo ella, amostazada—. Han pasado ya

demasiados años desde entonces.

—No por tu lindo cuerpo —respondió él, sonriendo.

—Déjate de idioteces, Rup; la cosa es muy seria. ¿No te da la sensación de que un grupo de chicas, en cierta ocasión, cometió una ofensa grave contra alguna persona a la que no conocemos y está tratando de vengarse?

Clemens golpeó con fuerza la mesa.

—Sí —gritó—, pero, ¿quién, cómo, cuándo y por qué, maldita sea?

Sobrevino una pausa de silencio. De pronto Melanie dijo:

—Rup, si tú me dejaras, yo iría a entrevistarme con todas ellas, una por una. A fin de cuentas, estudiaron en el mismo colegio que yo y pueden contarme a mí alguna cosa que no se atrevan a decirte a ti. ¿No te parece que estamos enfocando la cuestión desde un ángulo completamente erróneo?

—Ya no sé ni lo que me parecen las cosas ni cuáles son las ciertas y cuáles son las falsas —dijo, él, completamente abatido—. Incluso el principal sospechoso, Farnell, parece estar descartado…

El sargento Garris penetró en aquel instante en la oficina.

—Teniente —dijo, después de los primeros saludos—, convendría que fuese usted a interrogar a Farnell.

—¿Por qué? —preguntó el joven.

—No me han gustado las respuestas que me dio. A mi entender, la coartada que presentó carece de solidez.

CAPÍTULO XIII

Raymond Farnell penetró en su casa, dándose cuenta de que había dos hombres esperándole. Al reconocer a los policías, les miró con manifiesta hostilidad.

—¿Qué diablos hacen aquí? —preguntó ásperamente—. ¿Quién les dio permiso para entrar en mi casa?

Tranquilamente, Clemens sacó un documento de su bolsillo y se lo entregó al individuo.

—Léalo, señor Farnell —contestó—. Es un mandamiento judicial, autorizándome a registrar su domicilio.

—¿Por qué? —Farnell ni siquiera hizo ademán de tomar el papel.

—Siento mucho tener que decirle una cosa semejante, pero recaen sobre usted vivas sospechas de haber sido el autor de la muerte de tres mujeres. En vista de ello, debo, llevarlo conmigo detenido a Jefatura para someterle a interrogatorio y le recomiendo que no oponga resistencia. Es una detención completamente legal —terminó el joven con rotundo énfasis.

Los dientes del individuo crujieron de cólera.

—¡Eso es absurdo! ¡Yo no he matado a nadie! ¿Por qué diablos iba a ir estrangulando a las mujeres por las calles?

—Ya nos dirá usted los motivos que tuvo para hacerlo, señor Farrell. De momento…

—Si se refiere a lo de anoche, ese zoquete que tiene al lado ya me preguntó dónde diablos había estado.

—Sí, lo sé —cortó Clemens—. Usted dijo que había estado durmiendo toda la noche en su casa, pero no es, una coartada demasiado sólida que digamos.

—Muy bien —dijo Farnell, de malísimo humor—. Diré la verdad, pero solo porque me acusan de algo que jamás ha estado en mi mente cometer. Estuve con la señorita Laura Cripps desde las nueve de la noche hasta las cuatro de la madrugada —extendió un brazo—. Ahí tiene el teléfono, teniente; puede llamarla cuando guste.

El joven se desconcertó momentáneamente. Farnell añadió:

—Acabo de dejarla en su casa. Hemos estado cenando juntos y luego fuimos al cine. Vamos, ¿a qué espera para comprobar mi coartada?

—Es posible —dijo Clemens lentamente—, que la señorita Cripps sea acusada de complicidad en esos crímenes, señor Farnell.

—¿Qué está diciendo? —vociferó el individuo—. ¿Se ha vuelto loco? ¡Le digo que Laura Cripps y yo estuvimos…!

Clemens hizo una señal. Entonces, Garris se volvió y tomó un paquete que tenía tras él, sobre un sillón.

—Hemos encontrado esto en su casa, señor Farnell —dijo el joven sin inmutarse—. Se trata de un abrigo al cual le falta un botón, que alguien le arrancó anoche, forcejeando con usted, cuando intentaba asaltar el domicilio de Lana O'Shea para asesinar a su ocupante. Tenemos el botón, así como fragmentos de hilo y de tejido que, espero, corresponderán indudablemente al abrigo que usted usó en la noche de ayer.

Los labios de Farnell se movieron rápidamente, sin que ningún sonido inteligible saliera de ellos.

Impertérrito, Clemens prosiguió:

—Todavía hay más. En el registro que hemos practicado el sargento garrís y yo, hemos hallado un par de guantes, con evidentes huellas de arañazos. Los técnicos del laboratorio policial dirán, sin lugar a dudas, si los fragmentos de piel que se encontraron en las uñas de Marilyn Thaxter corresponden a esos guantes que hemos encontrado en su domicilia y que obrarán como evidencia en contra suya. Por lo tanto, señor Farnell, es mi deber anunciarle que está arrestado, bajo la acusación de homicidio voluntario.

Y antes de que el estupefacto Farnell pudiera contestar una sola palabra, avanzó hacia él y le puso las esposas en las muñecas.

El contacto con el metal sacó a Farnell de la atónita postura en que había quedado después de escuchar las terribles palabras del joven.

—¡Está cometiendo un terrible error, teniente! —bramó—. Yo no maté a esas mujeres… Lo pagará caro, se lo aseguro. Demandaré al Departamento de Policía…

—Estamos dispuestos a correr todos los riesgos —cortó Clemens fríamente. Y en tono, despectivo, añadió—: Por lo visto, usted tiene la obsesión de casarse, con una rica ex alumna de Malvern Courts y matar a la que no accede a sus pretensiones, señor Farnell.

—¡Eso es mentira, Una sucia e inmunda mentira! —aulló el detenido, lívido y descompuesto.

Clemens movió la mano.

—Basta ya. Lléveselo, sargento.

—Sí, señor.

Clemens recogió el bulto formado por el abrigo plegado, en uno de cuyos bolsillos estaban los guantes negros, con señales de arañazos. Luego salió detrás de los dos hombres, satisfecho de haber resuelto el caso.

* * *

Leyó los periódicos, cuyos titulares escandalizaban la vista. Podía sentirse contento.

Llovían los elogios sobre él. Clapham J. Hill le había palmeado efusivamente las espaldas. El misterio de las jóvenes estranguladas estaba resuelto ya, pese a que el asesino se negase a confesar.

La puerta del despacho se abrió de pronto y Dinorah penetró en la estancia, sonriendo ampliamente. Sentóse en un lado de la mesa, con una generosa exhibición de sus redondas rodillas y le miró a la cara.

—¿Contento, Rup?

—Tengo motivos, ¿no?

—Desde luego. Pero solo para un observador superficial, que no sepa ver con claridad el fondo del asunto.

Clemens arrugó el entrecejo.

—Explícate, ¿quieres? ¿Qué demonios tratas de insinuar, Dinorah? ¿No es bastante para ti saber que ya no eres considerada como sospechosa? Está bien —agregó, con un gesto de enojo—. Te pido perdón, pero tú debes comprender…

—Lo comprendo todo perfectamente y no es necesario que me pidas un perdón que tienes concedido ya de antemano —declaró ella sorprendentemente—. Pero siento tener que echar un jarro de agua fría sobre tus pretensiones.

—No te entiendo, Dinorah.

—Dame primero un cigarrillo —pidió ella. Cuando hubo exhalado la primera bocanada de humo, dijo—: Se supone que una profesional de la cultura física no debe fumar, aunque a mí me gusta un pitillo, de cuando en cuando.

—De acuerdo, pero ahora habla de una vez. Dinorah, no me tengas sobre ascuas. ¿Por qué has dicho lo del jarro de agua fría?

—Por la sencilla razón de que Farnell no es el asesino.

Un espeso silencio gravitó sobre el despacho durante algunos momentos.

—Las pruebas están en contra suya, Dinorah —gruñó Clemens —. Son irrefutables; su defensor no encontrará el menor resquicio para atacar al fiscal.

—Las pruebas me importan un rábano —declaró Dinorah con desparpajo—. Farnell NO ES el asesino.

—Muy bien —Clemens se retrepó en al asiento—. Puedes exponer tu tesis, Dinorah.

La joven se estiró el borde inferior de la falda.

—Deja ya de mirar mis rodillas, sátiro —le apostrofó—. Anoche estuve hablando con Lana O'Shea. Ya te dije que pensaba interrogar a todas las ex alumnas de Malvern Courts.

—Sí. ¿Y qué?

—Lana O'Shea está aterrorizada.

—No tiene motivos. El asesino ha quedado ya a buen recaudo.

—El terror de Lana continúa, pese a que Farnell esté en los calabozos de esta casa. No sé por qué, pero el verdadero asesino continúa aún suelto, Rup. Quiera Dios que no cometas un tremendo error.

—Las pruebas…

—Si por tus acciones condenan y ejecutan a Farnell, y un día se descubre su inocencia, ya no podrás dormir en el resto de tus días. Admito —siguió ella con gran calor—, que no es el individuo recomendable y de intachable conducta que todos creíamos…; en realidad, tampoco es un grave delito pretender casarse con una joven rica y, según las normas sociales de Davison County, hasta aristocrática. Parece que en él es una obsesión eso de convertirse a toda costa en el esposo de una ex alumna de "Malvern Courts", pero no es ningún crimen que yo sepa.

—Mientras no se estrangula a esa ex alumna por negarse a ser su esposa, desde luego —concordó el joven—. ¿Y qué más?

—Pues que si Raymond Farnell fuese el verdadero asesino, Lana O'Shea no estaría tan aterrorizada. No me quiso decir los motivos de su pánico bajo ningún concepto, pero este detalle me indicó, sin lugar a dudas, que el asesino continúa en libertad.

El joven se echó a reír.

—Será Quasimodo, el horrible jardinero de tu colegio, que se ha vuelto loco y anda por ahí apretando gaznates de lindas ex alumnas.

—Quasimodo murió hace un par de meses. Lo encontraron ahorcado de un olmo, en el jardín del colegio —afirmó Dinorah sorprendentemente—. Llamé por teléfono a "Malvern Courts" y me dieron esa noticia, que vino a echar por tierra una de mis teorías, porque había pensado en él antes que tú.

Clemens se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo no me he enterado yo de ello? —preguntó.

—En primer lugar, porque estabas de vacaciones. Y, en segundo,

porque “Malvern Courts” no pertenece a este Estado y se encuentra a doscientas millas de Davison County. Ni siquiera yo lo sabía, a pesar de leer los periódicos. No era noticia para esta ciudad, ¿comprendes? A veces se cometen crímenes mucho más cerca y como no posean características especiales, los periódicos de Davison County ni siquiera los mencionan.

Clemens se frotó la mandíbula con fuerza, sumamente descontento.

—¡Demonios! ¿Es que sospechas tú que la muerte de Quasimodo puede estar relacionada con las que cometió Farnell… mejor dicho, con las que le estamos achacando que cometió?

—No podría asegurar una cosa u otra, Rup —contestó Dinorah, fumando pensativamente—. Me baso, exclusivamente, en el terror de Lana O’Shea.

—Pero Farnell no la perseguía a ella ahora. Estaba dedicando todos sus esfuerzos a Laura Cripps… y a Melanie Grindley, dispuesto a casarse con la primera de las dos que le aceptase. Lana O’Shea no tenía por qué temer a Farnell, puesto que, según parece, ni siquiera la conocía.

—Lana O’Shea no teme a Farnell, el cual, por si fuera poco, está preso —aseguró Dinorah rotundamente.

—Entonces, ¿a quién demonios teme? —clamó el joven, exasperado.

Ella dejó que su vista vagase por la habitación durante unos momentos. De pronto, reparó en un sobre de color rosa y buen tamaño, que había sobre la mesa. El sobre parecía bastante abultado.

—¿Qué tienes ahí, Rup? —preguntó curiosamente.

—Los guantes de Farnell —dijo él, con evidente mal humor—. Por si dudas todavía, te diré que los rastros de piel hallados en las uñas de Marilyn Thaxter y la piel de esos guantes proceden del mismo animal.

—Esa es una prueba determinante —musitó Dinorah con aire ausente.

—Inatacable.

Hubo un momento de silencio. Dinorah se inclinó de pronto hacia adelante y tomó el sobre, volcándolo boca abajo, de modo que los guantes cayeran sobre la mesa. Cogió uno y lo examinó con todo cuidado.

—El botón y las hilachas corresponden al abrigo —añadió él secamente.

La joven levantó de pronto la mano, sosteniendo uno de los

guantes con dos dedos. Sus ojos ardían al mirar a Clemens.

—Rup, dime, tú que eres tan buen policía, o presumes da serlo, ¿se te ha ocurrido siquiera hacer que Farnell se probase estos guantes?

Clemens respingó.

—¡Rayos! ¡Estaban en su casa…!

—¡Pero no son suyos! —exclamó ella—. No podría calzárselos en todos los días de su vida. ¿Te has fijado en el enorme tamaño de sus manos, que parecen palas? ¿Cómo, un sujeto de la envergadura de Farnell, podría usar unos guantes que son dos o tres números más pequeños de lo que le corresponde?

Poco a poco, Clemens fue abriendo la boca hasta que pareció que la mandíbula se le había descoyuntado.

CAPÍTULO XIV

La habitación estaba llena de humo.

Rupert Clemens encendió su enésimo cigarrillo y continuó paseándose como león enjaulado.

No sentía haber hecho, hasta cierto punto, el ridículo. Y por supuesto, había cometido un desliz imperdonable. Los guantes, evidentemente, no eran de Farnell. El abrigo tampoco, pese a su amplitud. Le entraba y podía llevarlo, pero resultaba obvio que un sujeto, tan atildado como él, no hubiese aceptado jamás de su sastre una prenda tan justa, que amenazaba con saltar por las costuras al menor movimiento.

A pesar de sus prevenciones, se había visto obligado a soltarle. Farnell se había marchado, vomitando mil amenazas y prometiendo demandar al Departamento de Policía, pese a que Clemens le había asegurado que no dejaba de continuar siendo un sospechoso. El malhumor de Farnell se comprendía, si se pensaba que los periódicos habían hablado estridentemente de él y de sus pretensiones de casarse con una rica heredera, que hubiera educado en "Malvern Courts". Ahora, de noche, la radio y los diarios habían dicho que no era el asesino, pero el daño estaba hecho. La carrera de Farnell había quedado truncada.

Quizá Melanie le aceptase; la inválida tenía un corazón de oro y sabría comprender. De todas formas, los problemas de Farnell no eran suyos.

Él tenía uno, mucho más importante.

—¿Quién había querido comprometer a Farnell situando unas prendas tan acusadoras en su apartamento?

—El asesino —dijo en voz alta.

—Pero, ¿quién era el asesino?

Lanzó el cigarrillo a un rincón. Se dejó caer en una butaca y cerró los ojos. Empezó a considerar el caso mentalmente, desde el principio, procurando no dejar detalle sin rememorar.

Transcurrieron unos minutos, diez, quince. Cualquiera que le hubiese visto en aquella posición, habría dicho en el acto que estaba profundamente dormido.

Clemens no dormía; pensaba activamente.

Y de pronto le pareció que brillaba una tenue lucecita en el mar de las sombras en que se debatía.

Se irguió, mirando hacia adelante con pupilas que llameaban.

¿Por qué no considerar aquella hipótesis?

El timbre del teléfono estalló.

Clemens pegó un salto en su asiento, tanto le sorprendió el brusco repiqueteo de la campanilla. Se puso en pie y se acercó al aparato, llevándolo al oído.

—Teniente Clemens —dijo.

Le llamaba Dinorah.

—Rup, ven, pronto, por el amor de Dios —la voz de la joven sonaba excitadísima.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde estás? —preguntó él, muy alarmado.

—En casa de Lana O'Shea.

—¿Lana…? ¿Le ha pasado algo?

—No, afortunadamente. Pero está dispuesta a hablar, Rup.

—¿Conoce la identidad del asesino?

—Parece ser que sí, Rup. No obstante, la veo muy excitada, terriblemente asustada. Me ha dicho que solo hablará contigo si le prometes benevolencia.

—¿Benevolencia? ¿Por qué? Ella no es culpable de ningún delito, que yo sepa.

—Creo que ocurrió algo terrible en "Malvern Courts" hace años, Rup, pero no me preguntes qué es, porque Lana no ha querido decírmelo. La he acosado hasta que sus nervios han saltado y me ha anticipado algunas cosas, que, sin embargo, no ha querido aclarar del todo. Cómo te digo, fue algo que pasó en el colegio… debió ser espantoso, pero no sé más. Liana dice que ella será el número cuatro. ¿Comprendes?

—Sí, desde luego. Voy ahora; no te muevas y vigílala bien, ¿comprendes?

—De acuerdo, Rup. Date prisa, por favor.

Clemens colgó el teléfono e inmediatamente empezó a vestirse de nuevo. Minutos después, se lanzaba escaleras abajo a todo correr.

* * *

Llegó al número 12 de la calle Stockton en menos de un cuarto de hora. Para no perder tiempo, había tomado un taxi, a cuyo conductor enseñó la placa, a fin de que corriese todo lo posible. Saltándose a la torera algunas señales de tráfico y aprovechándose, además, de que la circulación se había reducido considerablemente, dado lo avanzado de la hora, el tiempo empleado fue mínimo. Antes

de que el conductor detuviera el coche, Clemens lanzó un billete sobre el asiento delantero, abrió la portezuela y saltó al suelo, frente a la casa donde vivía Lana O'Shea.

Atravesó la acera y el jardín a la carrera y trepó de un salto los tres escalones que separaban el suelo de la puerta del edificio. Llamó con furia, manteniendo el índice sobre el botón del timbre, hasta que se abrió la puerta.

La silueta de Dinorah se recortó en el vano iluminado.

—Gracias a Dios —exclamó la muchacha, cogiéndole por un brazo—. Entra, Rup.

Dinorah le guio hasta un saloncito de recibir, desierto en aquellos instantes.

—¿Dónde está Lana? —preguntó él, mirando a todas partes.

—Acaba de ir al baño. No se siente muy bien, compréndelo.

—Desde luego. Pero, ¿qué es lo que ha sacado en limpio, Dinorah?

—Algo pasó en "Malvern Courts" hace años. Yo no estaba, por supuesto, y no lo digo solamente por descargarme de posibles culpas, sino porque es la verdad. Lana no ha querido ser más explícita, pero parece que siente terribles remordimientos por lo que ocurrió.

—O sea que cualquiera que fuera el suceso que pasó, ella tuvo parte de culpa, en unión de las tres jóvenes asesinadas.

—Exactamente, Rup.

El joven sacó cigarrillos. Fumaron.

—¿No has podido deducir de qué se trata, Dinorah? Ella sacudió la cabeza.

—Parece ser que es un hecho que puede ser considerado como delictivo, Rup.

—Eso explicaría —dijo el joven, entrecerrando, los párpados— el silencio que ha mantenido Lana hasta ahora. Prefirió correr el riesgo de morir a que su delito fuera descubierto.

—Lo mismo pienso yo, Rup —concordó la joven.

—Pero es extraño —murmuró Clemens—. Si fue un hecho delictivo, ¿cómo es que no tomaron acción alguna las autoridades de "Malvern Courts"? ¿Tan oculto lo mantuvieron sus protagonistas que no se enteró la directora del colegio?

Dinorah sonrió.

—Te sorprendería saber la cantidad de cosas que permanecían ocultas para la directora y profesorado de "Malvern Courts", Rup.

—Sí, desde luego; ya me imagino fácilmente cómo es la vida de las internas en un colegio. Pero es que cuando las faltillas corrientes

se convierten en delito, no hay por qué ocultarlas. Es contrario, a la ley.

—Fueron cuatro, Rup. ¿Y si acordaron no decir nada a nadie y guardar el secreto para ellas solas?

—¿Y la víctima? Porque no hay delito sin víctima, ¿verdad?

—Esa regla no siempre es justa. Uno que redacta mal su declaración de impuestos…

—Convierte en víctimas a sus conciudadanos, al no pagar lo que le corresponde —contraatacó él rápidamente—. En "Malvern Courts" hubo una víctima. ¿Por qué calló entonces?

—No lo sé, Rup, no lo sé —exclamó Dinorah, sumamente nerviosa—. Esperemos a que Lana…

El timbre de la puerta sonó bruscamente. Clemens y Dinorah se miraron un momento.

—¿Quién será a estas horas? —preguntó ella en voz baja.

—Vamos a verlo —dijo Clemens resueltamente, metiendo la mano derecha en el interior de su chaqueta, que escondía un revólver calibre 38.

Caminaron juntos hasta el vestíbulo de entrada. Clemens abrió con la mano izquierda.

Hubo un momento de silencio. Durante medio minuto, la pareja contempló en silencio a Farnell y a Laura Cripps, que permanecían inmóviles bajo el dintel de acceso al edificio.

—¿Qué es lo que quieren ustedes? —preguntó el joven, una vez rehecho de la sorpresa recibida.

—¿No le parece que yo también podría formularle una pregunta análoga? —contestó Farnell de mal talante—. Estoy libre, no soy ningún asesino y puedo ir donde me plazca, sin necesidad de dar explicaciones a nadie, siempre que no cause daño a tercero, por supuesto.

Laura extendió su brazo izquierdo.

—Ten calma, Ray —dijo, sonriendo—. Teniente, el señor Farnell acaba de recibir una llamada telefónica de Lana O'Shea, citándole inmediatamente en su domicilio. Ignoro de qué se trata —la voz de Laura Cripps se hizo tensa de pronto—, pero, en todo caso, no quiero que le metan en una encerrona. Estaré yo delante para servirle de testigo, ocurra lo que ocurra.

Clemens miró con desconfianza a la pareja.

—Lana O'Shea le llamó por teléfono —repitió.

—Así es —contestó Farnell altivamente—. Y si duda de mi palabra…

La mano de Dinorah se crispó repentinamente sobre el brazo de

Clemens.

—¡Rup! ¿Dónde está Lana? —gritó.

—¡Maldición! Tú dijiste que se había ido al baño, Dinorah.

—Sí, justo en el momento en que tú llamabas a la puerta… ¡Oh, no, no…! —gritó la joven, lívida, con los ojos desorbitados por el espanto.

—¿Dónde está el cuarto de baño Dinorah? —vociferó Clemens, mientras se metía en la casa de nuevo a todo correr—. Guíame, pronto.

La joven le alcanzó en el acto. Farnell y Laura Cripps, aunque sorprendidos en el primer momento, les siguieron inmediatamente.

Clemens alcanzó la puerta del baño y la abrió de un fuerte empellón. Dio un paso y se quedó clavado, en el suelo, al ver tendida sobre las losas blancas a la dueña de la casa.

El rostro de Lana O'Shea aparecía horriblemente amoratado. Un cardón de seda negra estaba enrollado en torno a su garganta. En la mejilla izquierda, todavía sangrante, se veía la fatídica cifra cuatro.

Clemens se arrodilló al lado de la mujer yacente y le desanudó el cordón de la garganta. Luego le puso la mano en el pecho.

—Parece que vive todavía —dijo—. Voy a practicarle la respiración artificial, Dinorah. Tú encárgate de llamar a la ambulancia, pronto.

La joven corrió hacia el teléfono. Clemens se arrodilló, colocando ambas piernas a los costados del cuerpo de Lana O'Shea y empezó a mover los brazos rítmicamente.

—Farnell, dele masaje en la garganta —ordenó.

El hombre pasó al otro lado y empezó a mover los dedos suavemente en torno a la lívida señal dejada por el Cordón. Laura Cripps permanecía en pie en la puerta, contemplando la escena como hipnotizada.

—Ahora no dirá usted que yo soy el asesino —declaró Farnell rencorosamente—. El mismo que dejó el abrigo y los guantes en mi apartamento, quería ahora colgarme este crimen, teniente.

—Lo sé, lo sé —contestó el joven de mal humor, aunque, satisfecho en medio de todo, ya que tenía esperanzas de salvar la vida.

—Pero el tipo escapó —añadió Farnell—. Y seguirá cometiendo más crímenes, si usted y los demás tontos que lo obedecen, no cortan pronto, su frenética carrera.

Clemens levantó la vista, sin dejar de accionar los brazos de la atacada. La ventana del cuarto de baño estaba abierta de par en par, lo cual le indicó la prisa con que había actuado el asesino. Ello

había salvado, sin duda, la vida de Lana O'Shea.

—Puede estar seguro, señor Farnell —dijo enfáticamente—, que el criminal no volverá a repetir ya más sus hechos delictivos.

—Así lo espero —contestó Farnell rotundamente. Y, en tono ofensivo, agregó—: Por su propio bien, teniente.

Dinorah llegó en aquel momento.

—La ambulancia llegará en unos minutos, Rup. ¿Cómo está Lana?

—Tardará bastante en recobrar el conocimiento, pero vivirá —miró la mejilla de la joven inconsciente—. Espero que la cirugía estética borre esa fea señal de su mejilla.

CAPÍTULO XV

Louise, la doncella personal de Melanie Grindley contempló al joven con rostro inexpresivo.

—Buenos días, teniente —saludó cortésmente.

—Buenos días, señora —sonrió Clemens—. ¿Puedo ver a la señorita Grindley? Le traigo un obsequio y, si acepta, la sacaré a pasear.

—Espere un momento, por favor.

Clemens aguardó en el vestíbulo, mientras miraba especulativamente, la cajita cuadrada que pendía de su dedo índice por un lazo de color rosa, volteando lentamente. Poco después, oyó el taconeo de la doncella.

—Pase, teniente.

—Gracias, señora.

Clemens dejó el sombrero a un lado y avanzó hacia el estudio de la inválida. Ella sonrió al verle y le tendió una mano con gesto afectuoso.

—¡Rup! ¡Qué alegría me causa su visita!

—Lo celebro infinito, Melanie. ¿Qué tal se encuentra hoy? —dijo él, sentándose frente a la inválida.

—Perfectamente, dentro de lo que cabe, claro —respondió Melanie. Tenía sobre la mesita contigua un par de periódicos, cuya primera plana estaba manchada con unos gruesos titulares—. Su visita me compensa un poco de las malas noticias que trae hoy la Prensa.

Clemens bajó la vista.

—En efecto, son malas de veras. Pero eso —sonrió de nuevo—, no debe afectarla a usted para nada, Melanie.

—¿Usted cree? Ese hombre parece que tiene manía con las ex alumnas de “Malvern Courts”. Y yo hice mis estudios en ese colegio —declaró ella, en tono pesimista.

—Bueno, su casa está vigilada y no tiene por qué temer nada. Tanto la fachada anterior como la posterior hay apostados sendos agentes, de modo que olvide sus preocupaciones. Yo me encargaré de que no le suceda nada, Melanie.

—Gracias —ella le miró de frente—. Es usted muy bueno, Rup. ¿Cuándo se casa con Dinorah Slavik? Tendré sumo gusto en hacerles un buen obsequio.

—Creo que dentro de un par de semanas, aunque todavía no hemos concretado la fecha —contestó Clemens—. Por cierto, hoy hace un día estupendo. ¿Le importa que salgamos de paseo?

Los ojos de la inválida brillaron.

—¡Acepto encantada! —dijo—. Pero habrá de permitir que Louise me arregle.

—Por supuesto —contestó él cortésmente.

Al quedarse solo, fumó un cigarrillo con aire pensativo. Melanie tardó en regresar casi media hora, pero él oyó los pasos de Louise que empujaba el sillón antes de que entrase de nuevo en el estudio.

Entonces desenvolvió la cajita que había llevado, aunque manteniéndola cerrada con una mano. La inválida compareció en aquel momento. Louise se retiró, dejándolos solos.

—¿Qué le parezco, Rup? —preguntó ella, orgullosamente.

—Bellísima —elogió Clemens sin rodeos. Y decía la verdad—. Le he traído un obsequio —añadió—. ¿Quiere verlo?

—Oh sí, por supuesto. ¿De qué se trata, Rup?

Mientras ella movía las ruedas del sillón con sus manos, acercándosele, Clemens se inclinó. Abrió la cajita y dejó que el ratoncillo que había en su interior corriera libremente.

Por pura casualidad, lo hizo en dirección al sillón de ruedas. Melanie Grindley lanzó un agudo chillido, tiró la manta a un lado y se puso en pie de un salto.

* * *

El silencio era penoso, enervante. Melanie permanecía en pie, rígida, erguida, junto al vacío sillón de ruedas, mirando fijamente al joven mientras su busto subía y bajaba afanosamente.

“Es muy bella, infernalmente bella —pensó Clemens—. Pero también Luzbel era muy hermoso y la soberbia y el orgullo de su propia belleza acabaron por perderle y lanzarle a los profundos abismos de la negrura infinita”.

Rompió el silencio.

—¿Por qué lo hizo, Melanie? —inquirió, mirándola tristemente.

Ella levantó la cabeza.

—No diré nada sobre ese asunto, Rup —contestó en tono desafiante.

—Los periódicos mienten. Lana O’Shea vive. Tuvimos tiempo de salvarla. Hablará durante el juicio.

Pareció como si una mano invisible hubiese arrojado una palada de ceniza al rostro de Melanie.

—¡No es verdad! —protestó a gritos—. ¡Usted me está engañando! ¡Lana murió…!

Se cortó de repente, mordiéndose los labios, al darse cuenta de la terrible imprudencia que acababa de cometer. Sus hombros se hundieron de repente.

—Lana está viva —insistió él—. ¿Por qué lo hizo, Melanie?

—Es usted terriblemente listo, Rup —dijo la joven con voz muy baja—. ¿Cómo se le ocurrió que podía ser yo?

—A fuerza de pensar y de recordar detalles.

—Mis piernas —Melanie sonrió agriamente—. Usted dijo que eran maravillosas.

—Sí, pero no fue hasta más tarde que me fijé en ese detalle tan importante. Una inválida, cuyas extremidades inferiores carecen de juego desde hace dos años, debe tener las pantorrillas muy delgadas, por atrofia muscular, simplemente. Y usted, cuando no era vista, hacía ejercicio en casa.

—Sí, es cierto —reconoció ella, con voz sorda.

—Incluso cuando estaba sentada, ejercitaba sus músculos con la raqueta y la pelota. Especialmente, los dedos de la mano. Jugaba con la pelota como hacen los boxeadores cuando no se entrenan de un modo activo. Llevan casi siempre una pequeña pelota, que amasan continuamente los dedos, a fin de aumentar la potencia de los músculos de la muñeca y del antebrazo. Entonces no me di cuenta de ello, pero luego, recapacitando, llegué a la conclusión de que lo hacía por motivos muy distintos. ¿Por qué asesinó, Melanie?

Ella volvió la vista a un lado.

—Tendría que ser mujer para comprenderme, Rup —dijo, en tono apenas audible.

—¿Tanta enemistad, tanto odio albergaba hacia sus cuatro antiguas compañeras de colegio? ¿Odiaba también a Farnell, porque mariposeaba en torno a Laura Cripps y quería achacarle a él unos asesinatos que jamás cometió?

—Si usted hubiera recibido el daño que yo recibí, también las habría odiado hasta la muerte —declaró Melanie con ojos que llameaban de ira.

—Eso no podrá justificar jamás tres asesinatos y un intento de asesinato, Melanie. Hay medios legales para castigar las ofensas recibidas.

—¿Qué medios? —preguntó ella, levantando la barbilla—. Nadie me hubiera creído; además, carecía de pruebas… aunque sabía que fueron ellas. Solo podía vengarme de una forma, usted ya sabe cuál.

—Desde luego, pero su astucia, incluso simulando, una tentativa

de asesinato que solo existió en su mente, no le servirá para nada. Lana O'Shea vive y pudo reconocerla. La acusará delante del juez y del jurado, Melanie. ¿Por qué lo hizo?

—No lo diré…

—Sí lo dirá; tal vez el juez y el jurado se sientan inclinados a la clemencia. Algo sucedió en "Malvern Courts", un hecho del cual fue usted la víctima, por supuesto involuntaria, un hecho tan terrible, al parecer, que el miedo a que se hiciera público sellaba los labios de sus antiguas compañeras. Hable sin temor Melanie.

La joven cerró los ojos un instante. Luego los abrió y miró a Clemens con expresión de lástima y altivez a un tiempo.

—¿Sabe usted cómo me llamaban a mí en "Malvern Courts", Rup?

—Sí. "Belleza". Me lo dijo…

—No importa ahora quién se lo dijera —cortó ella imperativamente—. Me lo llamaban y con plena justicia, además. Todas envidiábamos a Dinorah por su continuo sobresalir en los deportes, pero al mismo tiempo todas me envidiaban a mí porque era la más hermosa, más todavía que la propia Dinorah. Sin embargo, había cuatro que se sentían resentidas por las preferencias de todo orden de que yo era objeto continuamente. Era envidia, odio, deseos de desquite, puro resentimiento, en una palabra. Entonces, para vengarse de mí… no para humillarme, concibieron la idea más abyecta que jamás haya podido ocurrírsele a un ser humano… Fueron las cuatro, Rup. Oh, me ha costado años averiguarlo y más aún preparar una venganza adecuada, pero al fin lo conseguí.

—Solo en parte —observó él reflexivamente—. Lana O'Shea sigue viva.

—¡Qué importa eso ya! —dijo Melanie en tono indiferente—. El miedo que pasó la acompañará mientras viva…

—No se desvíe de la cuestión, por favor. ¿Qué le hicieron sus compañeras?

—Escribieron una nota al jardinero de "Malvern Courts".

—Quasimodo.

—¿Cómo lo sabe usted? Ah —sonrió Melanie sin ganas—, se lo habrá dicho Dinorah. Bien, escribieron esa nota al pobre infeliz, un sujeto horriblemente feo, pero bueno a pesar de todo… Quasimodo creyó que era yo la que le citaba en mi dormitorio a una hora apropiada… El jardinero estaba también enamorado de mí, como todos, Rup como todos.

—¿Y…?

—Yo no sabía nada. Acababa de ducharme. Solo tenía una toalla en torno al cuerpo. Quasimodo entró… —Melanie jadeaba visiblemente—. Era un hombre bueno, algo flojo de mente… pero terriblemente fuerte. En sus brazos fui poco menos que mía pluma… Perdió la cabeza al verme con tan poca ropa… Mis gritos no sirvieron de nada… de nada, ¿me oye, Rup?

Clemens se estremeció, al comprender la horrible verdad.

—¿Qué más quiere que le diga? —preguntó ella, altivamente—. ¿Pretende acaso que le relate la escena con toda suerte de detalles morbosos? Cuando Quasimodo se marchó… yo quedé allí… Mi cuerpo había sido mancillado por aquel bruto, ¿entiende? Aquel cuerpo del que yo estaba tan orgullosa era una piltrafa, una cosa que no podía contemplarse ahora sin sentir en el acto deseos de vomitar…

—Pero usted no, tuyo la culpa —alegó Clemens, débilmente.

—Lo sé. Sin embargo, ello no altera la verdad de los hechos… Todavía no sé cómo pude sobrevivir a aquel horrible ultraje… ni menos aún cómo tuve la suficiente fortaleza para callar. Porque yo sabía que Quasimodo no había ido a mí cuarto por sí solo; él jamás se hubiera atrevido… Además, dejó escapar algunas palabras…; habló de una cita inexistente… Esto me dijo, que algunas de mis compañeras habían querido injuriarme…

—Quizá no pensaron en causarle un daño tan grave, Melanie.

—¡Pero lo recibí! —gritó ella, adelantando el busto, golpeándose los senos con las manos—. Lo recibí, Rup… y por eso juré vengarme un día de las que tenían la culpa… Tardé años enteros, tuve que fingirme inválida por un accidente que no se había producido jamás… tenía que confiarlas… Tenía que encontrar también alguien a quién cargar las culpas…

Clemens miró a la joven. “Aquel brutal asalto desquició también su mente, además del cuerpo. Quizá los siquiatras, a la vista de estos antecedentes, consigan una atenuación considerable de su pena”, pensó.

—Farnell —dijo simplemente.

—Sí —admitió ella—. Es un cazadotes, un tipo repugnante, pese a su almibaramiento. Si no hubiese tenido un centavo, ni me habría mirado a la cara. Todas sus protestas de cariño eran pura fanfarria, encaminadas únicamente a ver de pescar mi dinero, si no conseguía el de otra tonta. Por eso, decidí hacerle cargar con las culpas.

Clemens meneó la cabeza.

—La venganza es un fruto de bonita apariencia, pero de sabor detestable, Melanie —dijo sentenciosamente—. Sienta mucho lo que

tengo que hacer, pero habré de llevármela detenida.

—No, teniente —dijo de súbito una voz.

Clemens volvió la cabeza. Louise, la doncella, estaba delante de él con una pistola en la mano.

CAPÍTULO XVI

Nuevamente hubo un espacio de tensa calma. Clemens miró la mano que sostenía el arma, sin advertir en ella el menor signo de vacilación.

—Su actitud de obstrucción hacia la Ley está severamente penada, Louise —advirtió al cabo de unos momentos de silencio.

—¿Qué me importa ello ahora? —declaró Louise altivamente—. Melanie es mi niña y nadie le causará el menor daño, ¿me oye, teniente? Ella no conoció a su madre… la abandonó indignamente cuando tenía dos años. Yo fui para ella su madre, aunque no era más que una simple sirvienta en su casa, yo le di el cariño maternal que tanto necesitaba…; y encuentro completamente justificado lo que hizo. ¡Esas miserables…! Bastó una simple notita suya, escrita en un momento de despecho para que un simio, un bruto sin inteligencia, mancillara horriblemente el precioso cuerpo de mi niña… Tenían qué morir todos, teniente… y Lana O'Shea también morirá, un día u otro, se lo aseguro.

—¿Todos? —observó él pensativamente. Buscaba la forma de desarmar a la exasperada doncella, pero la distancia resultaba un poco excesiva.

—Sí, todos —contestó Louise—. Incluido Quasimodo.

—A quien usted colgó de un olmo en el jardín de "Malvern Courts".

—Cierto —admitió la sirvienta en tono de desafío—. Era una bestia humana; debiera haber muerto mil veces en lugar de una sola.

Clemens movió la cabeza.

—No es bueno matar para satisfacer rencores personales, Louise. Ni siquiera ayudar a cometer crímenes… y a llevar abrigos y guantes a casa de otros para que los crean culpables. Perdonando se obtienen siempre más beneficios que castigando vengadoramente.

—¡Cállese! —gritó Louise—. Mi niña y yo desapareceremos ahora, durante algún tiempo. Ella tiene dinero de sobra para escapar a cualquier parte. Pero, por encima de todo, no consentiré que se le cause el menor daño, ¿lo ha oído, teniente?

—El brazo de la Ley es muy largo —advirtió Clemens.

—Nosotras sabremos eludirlo, teniente —contestó la doncella ásperamente—. Vamos, Melanie.

En aquel momento, alguien entró en la estancia silenciosamente. La mano del sargento Garris aferró la muñeca de Louise.

—Suelte esa pistola señora —dijo el sargento.

Pero en lugar de obedecer, la mujer se revolvió furiosamente.

—¡No! ¡No! ¡Suélteme, suélteme, le digo…!

Estalló un disparo. Melanie exhaló un gemido, a la vez que se llevaba sus manos al pecho.

—Oh —gimió, mientras las rodillas se le doblaban.

—¡Melanie! —gritó Clemens, corriendo a sostenerla.

La alcanzó justamente cuando estaba a punto de caer al suelo. Ella le dirigió una dolorida mirada.

—Rup —musitó.

Clemens apartó las manos de su pecho. Una mancha roja que se ensanchaba con rapidez había aparecido en el centro de sus senos.

Melanie emitió otro gemido. Un rictus de dolor deformó su bello rostro por un instante.

Los ojos de la joven se posaron en la cara de Clemens.

—Rup… creo… creo que tú… hubieras sido, el único hombre con quien yo… Si te hubiera conocido antes…

De repente, dobló la cabeza a un lado y murió.

Louise se dejó caer de rodillas al suelo y escondió la cabeza entre las manos, prorrumpiendo, en silenciosos sollozos, que sacudían su cuerpo espasmódicamente.

Garris carraspeó.

—Llamaré a la ambulancia, señor —dijo.

Clemens asintió pesadamente. Depositó el inerte cuerpo de Melanie sobre el suelo y le arregló los brazos. La joven parecía dormir.

—Si me hubiese conocido antes… —musitó.

EPÍLOGO

—Si te hubiese conocido antes, no habría cometido unos crímenes tan espantosos —dijo Dinorah Slavik.

—Ahora es tarde ya para tales reflexiones —expresó él, con la mirada perdida en el infinito.

Callaron un momento. Estaban sentados en un banco del Clarendon Park, gozando de las delicias de un sol otoñal que doraba las hojas de los árboles.

Dinorah apoyó la cabeza en el hombro de Clemens.

—La envidia, a veces, puede acarrear terribles consecuencias, Rup. Lo digo por experiencia.

—Sí, pero tú supiste ser fuerte… aparte de que no recibiste tanto daño como la pobre Melanie.

Nuevamente callaron. De repente, una pareja cruzó a poca distancia de ellos, sin verles siquiera.

Dinorah se echó a reír.

—Ese Farnell. Parece que, al fin, se va a salir con la suya. Laura Cripps está chiflada con él.

—Todos, en este mundo, tenemos nuestras manías, querida —dijo él, mirándola con expresión sonriente.

Ella le dirigió una mirada picaresca.

—¿Y cuál es la tuya, si puede saberse?

—Ayudarte a realizar uno de tus deseos más queridos: una casita, un marido, varios niños… ¿Qué te parece el programa, hermosa?

—Admirable. ¿Cuándo empezamos a ponerla en ejecución?

Clemens se inclinó para besarla.

—Cuando tú quieras —dijo.

FIN


ROJO

LA MUERTE VIAJA EN TAXI

POR

GEORGE H. WHITE

Nunca supo cuánto tiempo estuvo desvanecido, aunque probablemente no fue mucho. Lejana escuchó una voz que decía:

—Vamos, empujen ahora...

Creyó sentir que se movía. Luego, de pronto, escuchó el gruñido característico del motor de arranque eléctrico. El auto dio una sacudida hacia adelante. Hubo a modo de una sorda explosión y Dan sintió en el rostro una llamarada a través del parabrisas. El auto, de pronto, empezó a dar tumbos.

Abrió los ojos sobrecogido de terror, pues de pronto recordó dónde estaba. Grandes llamas salían del motor de su auto, que se deslizaba rápidamente por una pendiente, cada vez a mayor velocidad.

La puerta de la izquierda había quedado abierta. Dan se movió con rapidez tirándose por ella.

Cayó rodando por un talud cubierto de piedras y matorrales.

Cuando un coche de servicio público se convierte en un ataúd puede decirse que

LA MUERTE VIAJA EN TAXI

Y eso fue lo que le regalaron a Dan... ¡una tumba con volante y todo!

Lean ustedes dentro de siete días

LA MUERTE VIAJA EN TAXI

¡Lo mejor de lo mejor!



Psicosis

¿CONOCE USTED

... las horrendas curaciones a que eran sometidos los dementes en los siglos de la ignorancia y la superstición?

Leyendo este MARABUZAS podrá hablar usted de la importancia del subconsciente, el sentido de la vida, el inconsciente colectivo, la teoría de los reflejos...



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain